



UBANGHI (AFRICA ECUATORIAL).—«Landó» episcopal del Ilmo. Sr. Augouard, en Brazzaville.—Reproducción directa de fotografía

## CARTAS DE MISIONEROS

### SHENSI SEPTENTRIONAL (CHINA)

#### Persecución anticatólica que en dicha provincia ha acompañado el movimiento antidinástico.

La catástrofe sufrida por el Vicariato del Shensi septentrional es de las que conmueven á todos los corazones nobles. Iglesias destruidas, centenares de familias en la más espantosa miseria, cristiandades florecientes ayer, reducidas hoy á un montón de humeantes escombros. El P. Inchauzbe, su actual misionero, y el P. Iruarizaga, su misionero que fué, dirigen sentidísimo llamamiento á la caridad cristiana para que los ayuden á salvar de la miseria en que yacen tantos chinos privilegiados, cuyo único crimen es creer en el verdadero Dios. Todas las grandes catástrofes conmueven á la humanidad cristiana; á la catástrofe del *Titanic*, á la de Villarreal siguen, gracias á Dios, suscripciones cuantiosas que mitigan la parte material del sufrimiento de las familias de las víctimas. Más cruelmente grandiosa, de más funestas consecuencias morales es la catástrofe que aflige á los católicos del Shensi septentrional. ¿Lograrán *Las Misiones Católicas* reunir un puñado de pesetas para consolar tanta desolación y ruina? ¿querrán nuestros compañeros en la prensa ayudarnos á pedir á los españoles una limosna para nuestros hermanos los católicos del Shensi? Dios se lo pague á cuantos contribuyen á enjugar las lágrimas de que da triste detalle la siguiente carta.

**A** PRECIABLE Director de LAS MISIONES CATÓLICAS: Hace unos días tuve el honor de escribir á usted una carta contándole las angustias y malos ratos que durante los primeros días de la revolución en la provincia

Año XIX. Núm. 390

de Shensi pasamos los habitantes de esta residencia de Tung-yuan-fung. Abrigo la confianza de que dicha carta llegaría á sus manos. Ahora intento decirle en dos palabras algo de lo que ha pasado en Sianfu, capital de la Provincia, y le contaré también otras cosas que hablando, hablando, vayan saliendo.

Como vieja, retrógrada, enemiga de todo progreso, supersticiosa y apegada á rancias opiniones, la dinastía mandchue, que regía los destinos de la China, era la primera en el mundo, y tan desacreditada se encontraba ante propios y extraños, que no hacían falta ojos de lince para ver que caminaba al borde del precipicio. Por lo demás, en ninguna parte del mundo los periódicos han gozado de tanta libertad como aquí en estos últimos años; en ninguna otra parte del mundo se ha despotricado contra todo principio de autoridad, ni se ha incitado al crimen y al asesinato con el cinismo y la frescura con que venían haciéndolo los diarios del celeste imperio. Lo que para todos era público y palpable, lo que todos lo veían á ojos cerrados, diríase que era un secreto sólo para la dinastía, á la cual se perseguía á muerte. Las consecuencias ahí están á la vista de todo el mundo; primero las bombas que llevaron al sepulcro á generales ilustres del ejército tártaro; luego al Emperador arrojado del trono, como trasto viejo, inútil, y establecido ya de hecho el Gobierno republicano. Causa asombro y verdadera admiración el repentino y brusco cambio de lo viejo á lo nuevo, verificado en un tan vasto imperio como el de la China. Es un fe-

20 de Junio de 1912



nómeno sin ejemplo en la historia: en el corto espacio de un par de semanas, no más hemos oído que al grito de «Viva la República», «Abajo la dinastía Tsing», ó «Sin hân, mie ki, vivan los chinos, mueran los tártaros», se proclamaba la independencia en todas las provincias, y que el Emperador quedaba abandonado por completo hasta de sus propios parientes y familiares, traicionado por las tropas y obligado á renunciar al Trono á fin de conservar su propia existencia.

*Muy en secreto* se había anunciado para el 1.º de Noviembre un formal levantamiento antidinástico en la provincia del Shensi. Pero el secreto llegó á conocimiento de las autoridades, y para que no quedaran sin efecto los preparativos hechos, hubo que adelantar la fecha. El sábado 21 de Octubre, una persona venía á nuestra residencia de Sianfu y anunciaba que el siguiente día, domingo, habría en la ciudad escenas sangrientas y se daría el golpe de gracia al Gobierno tártaro; aconsejaba que se adoptaran cuantas medidas fuesen posibles para evitar toda desgracia, pues, que ¡pobre de aquel que cayere en manos de los revolucionarios! En efecto, de las diez á las once de la mañana del domingo 22 de Octubre hubo eclipse parcial de sol, cuyo momento, que es solemne para los chinos supersticiosos, aprovecharon los soldados chinos para levantarse al grito de Sin hân, mie ki, Vivan los chinos, mueran los tártaros. Disparando tiros á granel y con una gritería horrible, infernal, dirigiéronse á la residencia del gobernador, en la cual no encontraron resistencia alguna. Y al poco tiempo columnas de fuego subían hacia el cielo, el tribunal del prefecto y varios otros tribunales inferiores ardían cual si fuesen contruídos de paja, y las autoridades caían en poder de los revolucionarios y eran encerradas en oscuros calabozos. Luego la soldadesca se entrega al pillaje y saquea los montes de piedad, Bancos, casas de cambio, comercios y casas particulares, especialmente de mandarines y familias acomodadas, y detrás de la soldadesca bandas de rapaces cuervos, hombres envejecidos en los vicios, empedernidos en la maldad, para los cuales se han abierto de par en par las cárceles do pagaban sus crímenes.

El domingo 22 de Octubre de 1911, quedará grabado con indelebles caracteres en la memoria y en el corazón de la colonia europea, especialmente protestante, de Sian-fu. La horda de salvajes, que otro nombre no merecen aquellos patibularios, penetró también en una escuela regentada por los protestantes, y después de indignos ultrajes al sexo, daban muerte cruel á ocho europeos, de los cuales dos señoritas y seis niños que jugueteaban bajo la inspección de sus maestras. Además, el excelente caballero Sr. Heume, de nacionalidad alemana, director de la posta imperial de la Provincia, que al notar los primeros síntomas de la revolución se dirigía tranquilamente á su casa, recibía en medio de la calle ocho puñaladas, que no fueron mortales gracias á las condiciones del arma: cayó al suelo y abandonáronle creyéndolo muerto, pero otros que le conocían por ser europeo lo recogieron y condujeron á su casa, donde ha conseguido restablecerse; en fin, M. Smitt y su esposa, también protestante, resultaban heridos cuando llenos de espanto y temiendo que el movimiento antidinástico

degenerara en antieuropeo, huían de la ciudad, salvando intrépidamente su muro.

Durante la noche del 22 al 23 de Octubre, todo el mundo que quiso se dedicó al robo, al saqueo, al pillaje, siendo los más afortunados aquellos que en el maremagnum y el desorden se habían hecho con un fusil ó un sable, que eran muchos y los peorcitos de entre la canalla. Así que la gritería infernal que reinó esta noche en la capital del Shensi es absolutamente indescriptible, y de ahí la inquietud de nuestros hermanos, que se encontraban sin medio alguno de defensa, esperando por momentos la invasión de los bandidos. El día siguiente, lunes 23 de Octubre, los revolucionarios atacan la villa tártara de Sianfu, la cual, con hallarse rodeada de fuerte muro y protegida por las aspilleradas almenas de sus fuertes, apenas si ofrece un simulacro de resistencia; trepando como reptiles por sus murallas, en un abrir y cerrar de ojos la toman por asalto y comienza la horrible hecatombe. Miles de cabezas tártaras ruedan por los suelos, arroyos de sangre corren por las calles; nada se respeta, persona de toda edad, condición y sexo caen víctimas del sable enemigo. Muchas jóvenes esposas y candorosas doncellas son hechas esclavas para instrumento y satisfacción de bajas pasiones, y ellas que lo comprenden procuran evitar infamia tanta y deshonor tanto arrojándose á los profundos pozos de sus casas, que pronto rebosan de mujeres.

A las cuatro de la tarde de este mismo día, uno de los jefes de la revolución, con escolta de caballería, presentóse en nuestra Residencia. Lamentábase vivamente de las desgracias sufridas por la colonia europea de la capital en varios de sus miembros, desgracias que, según él, habían sido inevitables para los jefes del movimiento revolucionario y prometía seria y formal protección, y que «totis viribus» se prestaría eficaz defensa á las vidas y bienes de los extranjeros de toda la Provincia, para lo cual tomaba nota de los misioneros católicos y su respectiva nacionalidad. Terminó su visita ofreciendo soldados que vigilaran la Residencia, y al efecto, para el anochecer de este día había ya formados á las puertas de la iglesia una treintena de soldados dispuestos á disparar contra el que se atreviera á querer molestar á los católicos. Es más, luego corrían los pregoneros por todas las calles gritando, como energúmenos: «Pao hon yang jen, Pao hon yang jen». Protección á los europeos, y luego también en cada esquina de cada calle se pegaban furiosos decretos, castigando con la pena de muerte al que en lo más mínimo molestara á un extranjero. Y en esto es necesario hacer justicia á los promotores del movimiento revolucionario del Shensi, pues con nosotros se han portado muy bien, han procedido con toda caballerosidad durante el tiempo que ha reinado la anarquía y el desbarajuste, que eran inevitables en tales circunstancias. Pero por eso mismo es triste y muy triste que no hayan tenido un poco más de cuidado y no hayan procedido con sentimientos más humanitarios para con los tártaros, de los cuales han perecido muchos millares sin necesidad alguna, así como se podía haber evitado también en gran parte la ruina del comercio y la completa paralización de cuanto constituye la vida de los pueblos. Lástima es, y lástima grande, no poder cantar un himno á



la revolución, lo cual se hubiera conseguido evitando el derramamiento de tanta sangre inocente...

Los falsos rumores de incendio y destrucción de las dos iglesias católicas de Sianfu; del asesinato de los señores Obispos, Sacerdotes y Franciscanas Misioneras de María, propalados por las cuatro partes de la Provincia, han tenido funestas consecuencias para varios distritos de nuestro Vicariato. A mediados del mes de Noviembre llegaban varios cristianos de Jeng-siang-fu diciendo que todas las iglesias del distrito habían sido quemadas y destruidas y que un gran número de paganos armados de puñales, lanzas, horcas y otros instrumentos, perseguía á los cristianos, de los cuales habían muerto no pocos. Y día tras día iban llegando fugitivos cristianos contando horrores de ruina y desolación. Varios misioneros que ejercían su ministerio por aquellas Misiones daban detalles de la devastación y miserias, de las vejaciones sufridas por los adoradores del Crucificado, del martirio de muchos de ellos. Los misioneros andaban errantes ó escondiéndose en miserables chozuelas y cuevas, sin atreverse á salir por miedo á las cercanías de los paganos. La acción de los perseguidores del nombre cristiano y de la turba de armados bandoleros se desarrolla bien pronto y se extiende y corre destructora por los distritos de Pao ki, Lung-tchow, Ki-san. Los pobres cristianos abandonan sus moradas, que el fuego desolador reduce á cenizas, y huyen sin rumbo fijo pidiendo hospitalidad á solitarias cuevas perdidas entre la espesura de las montañas. Aún es temprano, amigo D. Miguel, para que pueda proporcionarle ciertos y categóricos detalles de tanta desgracia y calamidad, de la magnitud de las pérdidas sufridas por nuestros castigados cristianos, del número exacto de los que han muerto por no renegar de la fe cristiana. Los hechos son demasiado recientes é imposible proceder á verificar un recuento de los fallecidos y de las iglesias y casas destruidas, dadas las circunstancias anormales, el desorden y la anarquía en que desgraciadamente vivimos todavía en el Shensi. Me limitaré por hoy á transcribir algunos párrafos de una carta que el celoso misionero P. Inchauzbe me escribía hace poco, contándome algo sobre el particular.

Dice así dicho Padre: «Algunos paganos habían propalado falsos rumores diciendo que en el resto de la Provincia habían sido destruidas las iglesias católicas, asesinados los sacerdotes y cristianos, y sus bienes y haciendas se habían hecho *primi capientis*. La perniciosa noticia corrió como el rayo por estas montañas y llegó hasta los más recónditos é ignorantes lugares, donde tal vez hasta entonces no había llegado la nueva de nuestra santa Religión. Suscitóse una cruel persecución contra los cristianos, que huían despavoridos sin saber á dónde iban; huían, sí, pero inútilmente, pues los caminos todos estaban tomados por los enemigos de Dios y de sus fieles adoradores. Fué providencia de Dios que por aquellos días lloviera; pues con esto los paganos se abstuvieron por espacio de dos días de perseguir á los cristianos; pero en cuanto cesaron las lluvias continuaron en su obra de exterminio. Su intención, según dicen, era acabar con el nombre cristiano, sin dejar ni uno siquiera, grande ni chico, lo mismo que con el pagano que manifestara entrañas de piedad y

compasión para con los adoradores del Dios verdadero. Es difícil trasladar al papel lo que el odio inspirado por Satanás llegó á discurrir para llevar á cabo su obra demoleadora. Durante el día mis pobres cristianos permanecían ocultos en las cuevas y barrancos de los montes, y los paganos, para descubrir su escondite, se valían de mil artimañas. Subían á las alturas, y por acá y acullá gritaban: «Aquí, aquí un cristiano;» «Ved que se mueve;» por este medio fueron muchos los incautos que cayeron en sus manos y desnudados de toda vestimenta eran horriblemente apaleados, soezmente tratados y muertos; á muchos de ellos, por no decir á todos ó casi todos, se les propuso la apostasía, y como se negaran resueltamente á negar su fe, no me cabe duda que subieron al cielo á recibir la corona del martirio. En esta ocasión ha habido también muchos pequeños Saúles, chiquillos y granujillas, que si no podían apalear á los cristianos, servían á maravilla como espías y denunciadores de la Cruz del Redentor. Y no sólo son los varones los que con alma generosa han dado ilustre testimonio de su fe, sino que hasta débiles mujeres han sabido sellar sus creencias religiosas con la sangre de sus venas. No tiene perdón de Dios lo que estos bandidos han hecho con nuestras mujeres cristianas, especialmente con las jóvenes esposas, delicadas niñas y angelicales doncellas. No puede la casta pluma de un sacerdote y religioso detenerse á describir las infamias, las obscenidades, las groserías cometidas con aquellas que caían en sus manos. Créeme, amigo José María, nunca hubiera creído que los chinos fuesen capaces de instintos tan animales y bajos. En fin, echemos un velo, pero sí de luto, también velo glorioso sobre estos sucesos. Tantos mártires no pueden menos de rogar ante el trono del Altísimo por los que aún quedamos luchando en este valle de lágrimas contra el error y la mentira. Mis vestidos y objetos de iglesia todo ha perecido en las llamas ó ha sido robado. Con las casullas han hecho algunos pantalones floridos de que tanto gustan los chinos; otras cosas han servido para adorno de las mujeres paganas y de los chiquillos que los ostentaban como triunfo de gloriosas hazañas. Dios los perdone, porque, á la verdad, dignos son de compasión y de misericordia; en medio de todo, «Nesciunt quid faciunt,» no saben lo que se hacen. Aún hay mucho peligro, pues los paganos, no viendo el castigo que sus crímenes merecen, se manifiestan osados y altivos y en gran manera orgullosos. Los misioneros andamos de una Misión en otra con grandes cuidados, y como no nos ha quedado ni siquiera una iglesia ni residencia, los ornamentos y corporales y demás ornamentos de iglesia se ponen buenos con el negro del humo y fragmentos del carbón y ceniza que caen sobre ellos al decir, cuando podemos, la Misa en miserables chozas. Mañana, Dios mediante, pienso trasladarme á la Misión de Ping-Pou, que tú conoces, sin que sepa lo que allí me espera. Hoy precisamente cumpla treinta y dos años de edad; llegaré á la edad de Nuestro Señor Jesucristo? ¡Hágase la voluntad de Dios! Tú que frecuentemente escribes á Las MISIONES CATÓLICAS, de Barcelona, y á otras Revistas de España, ¿no querrás cooperar á que se ayude en algo la miseria de estos pobres cristianos? Aquí estuve tú ejerciendo con una actividad... el apostólico



ministerio. Estos pobres cristianos son todos hijos tuyos; conservan de ti gratísimos recuerdos, quisieran verte, cada día se interesan por el P. Kin (P. Iruarizaga)... Escribe á España á tus bienhechores; limosna mejor empleada no puede concebirse..."

FR. JOSÉ M.<sup>a</sup> DE IRUARIZAGA, O. F. M. <sup>(1)</sup>

## INDIA.—PERIA—KOLAPALUR

### Necesidad de Capillas residencias

Es del celoso sacerdote indígena Rdo. Pablo, la siguiente carta, en la que nos habla de las dificultades con que lucha para convertir la porción de sus compatriotas que le está confiada, y pide á todos los amigos del misionero una limosna para poder construir en los principales pueblos que le están confiados, una capillita en la que reciba culto el Rey de cielos y tierra, y un pequeño departamento contiguo en que pueda cobijarse el misionero cuando vaya á evangelizar el pueblo.

**H**oy me propongo acompañaros por un rinconcito de la archidiócesis de Pondichery. Este paseo no será muy agradable, á causa de lo árido y abrupto del terreno que tendréis que recorrer. Pero ¿qué importa? gozaréis al menos el consuelo de haber departido unos momentos las penas de los obreros apostólicos.

Peria-Kolapalur—del que estoy encargado desde Junio de 1910, año de mi ordenación sacerdotal y de mi salida del gran Seminario de Pondichery—es un distrito recientemente separado del de Chetpat. La mayoría de mis fieles son convertidos por el venerable Padre Danas. Permitidme deciros que este anciano venerable, hoy casi octogenario, hombre de Dios en toda la extensión de la palabra, por sus obras y celo tan fecundos, ha llegado á ser el apóstol querido de North-Arcot.

Peria-Kolapalur, que en *tamul* significa «pueblo de grandes disputas», es un distrito que comprende treinta poblados. Los cristianos alcanzan el número de 3,000. Mi trabajo no consiste en ganar nuevos adeptos, sino en conservar los que—siguiendo la triste palabra de los paganos—han *caído* en religión. Todos mis cristianos ó casi todos se convirtieron durante la época del hambre, que desoló el Sud de la India, hará unos treinta años. Como las conversiones se hacían en masa y había insuficiencia de misioneros apostólicos, estos cristianos nunca han conocido suficientemente nuestra santa Religión. Además el venerable Padre Danas estaba solo, no tenía el tiempo necesario para visitar á menudo sus convertidos. De aquí las deserciones, que no deben extrañar, pues las ha habido en todo tiempo y en todos lugares. Citaré uno ó dos ejemplos; ¿no leemos en los santos Evangelios que hubo un renegado en el mismo Colegio apostólico? Y en los tiempos apostólicos ¿San Pablo no anunció que habría gentes que cambiarían de ideas? Y de hecho la historia eclesiástica ¿no enumera múltiples decepciones?

En la porción de la viña que me está confiada, me es doloroso decirlo, pero hay una docena de poblados que no practican. ¿Debo abandonarlos por eso? Al contra-

rio. He estado á visitarles varias veces: mi primera visita extrañó mucho á sus habitantes, que se preguntaban quién era aquel «vellécaren» (blanco), nombre que debo á mi sotana blanca. Mi segunda visita me ha aproximado bastante á esos pobres; hablamos mucho de cosas materiales, pero algo les dije también de lo espiritual; hablando de lo material logré interesarles bastante, pero así que traté de lo espiritual, mis oyentes se miraban unos á otros sin entender palabra.

Queridos amigos míos, una sola cosa os pido. Haced que mis visitas á mis poblados sean largas y frecuentes, pues de otra manera las cortas apariciones que hago no producen el bien deseado. En efecto, durante el espacio de una ó dos horas ¿qué puedo enseñar á esas gentes, no sólo ignorantes, sino completamente opuestas á nuestras prácticas religiosas? Para instruir á este mundo sería necesario vivir con ellos dos, tres ó cuatro semanas; entonces en poco tiempo se lograría un avance notable.

Habitar bajo la tienda de campaña no es ni agradable, ni prudente, pues de Septiembre á Diciembre se reciben duchas continuas, y de Marzo á Septiembre hace un viento tan fuerte que estamos expuestos á que nos caiga la tienda encima. ¿Y el calor? éste no se conforma con quemar la tienda, sino que abrasa también á los que en ella se protegen.

Ya veis, queridos amigos, que las capillas de administración son indispensables. No es necesario que sean grandes y hermosas como las bellas catedrales, orgullo de Europa. Es suficiente en que sean pequeñas y sólidas.

He puesto manos á la obra. Pero veo que con mis propios recursos no puedo ir muy lejos. Por este motivo me atrevo á implorar vuestra generosidad. No olvidéis lo que dice Nuestro Señor en su santo Evangelio. Si un vaso de agua dado en su nombre á uno de nuestros semejantes tiene su recompensa en el reino de los cielos, ¿cuánto más la tendrá vuestra caridad, que habrá salvado, no la vida material, sino la vida espiritual de un gran número de almas?

He aquí, queridos lectores, lo que quería deciros. Cumplido mi propósito, os tiendo mi hucha de limosnero. No la olvidéis.

## NOTICIAS VARIAS

### Roma.

*Noticias de la Propaganda Fide.*—Su Santidad el Papa Pío X, á propuesta de la Sagrada Congregación de la Propaganda, ha nombrado:

Arzobispo de Tokio (Japón), al Rmo. Sr. D. Juan Pedro Rey, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París.

Obispo de Nagasaki (Japón), al Rmo. Sr. D. Juan Claudio Combaz, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París.

Obispo de la Guadalupe (Antillas), al Rmo. P. Pedro Luis Genond, de la Congregación del Espíritu Santo.

Vicario apostólico de las Islas Salomón meridionales (Oceanía), Prefectura apostólica que Su Santidad el Papa acaba de erigir en Vicariato, al Rdo. P. Juan Efrén Bertroux, Marista.

(1) Dirección: Chine. Shensi Pee. — R. Father José M.<sup>a</sup> Iruarizaga, Catholic Mission.—SIANFU.



—La Sagrada Congregación de la Propaganda ha nombrado Prefecto apostólico del Sumatra al Rdo. P. Liberat de Exel, Capuchino.

*Cátedra de hebreo.*—Se ha creado una Cátedra de hebreo público y de Literatura rabinica en el Colegio Pontifical de Roma.

La Cátedra ha sido confiada al Jesuita P. Fouck. Serán admitidos á las clases discípulos no cristianos. A la Cátedra se adjunta un museo de documentos y objetos relativos á la historia del judaísmo y una excelente biblioteca hebrea.

#### Africa española.—El Muni.

*¡Quiera Dios que resuelvan con acierto!*—Copiamos de *La Guinea Española*:

Estorvos burocráticos impidieron una inteligencia entre Francia y Alemania para la construcción de un gran ferrocarril desde la Guinea española hasta el Congo belga. Alemania ha cortado ese nudo gordiano anexionándose los territorios franceses sitos en el trayecto de ese ferrocarril. Ahora parece próximo el momento en que Germania, en nombre del progreso mundial, reclame el paso franco desde el puerto Muni y la cooperación de España para tan útil y remuneradora empresa. Si la política y la burocracia españolas no se hacen cargo de la situación, quedará España excluida del concierto civilizador en Africa, verá comprometida su reputación en Marruecos y se expone á perder un dominio intertropical en el cual lleva invertidos unos 150 millones.

#### Guinea Española.

*Expresión de gratitud.*—Debemos empezar, escribe el reverendo Padre Director de *La Guinea Española*, manifestando nuestro más profundo agradecimiento á dos señoras de Barcelona que poco ha hicieron un grandísimo beneficio á estas Misiones españolas regalándoles varias hermosas campanas para diferentes Reducciones de las mismas. Dichas campanas con sus sonoras voces cantarán, en medio de la frondosidad de estos bosques tropicales, el noble rasgo de caridad de tan piadosas damas barcelonesas, y muchísimos serán los corazones que bendecirán el nombre de las generosas bienhechoras, por quienes han de levantar fervientes plegarias al Altísimo y á la Virgen Inmaculada. Por lo que se refiere á la que fué destinada á la Reducción de Rebola, podemos atestiguar que, si bien había sido ya bendecida en Santa Isabel, el acto de inaugurarse revistió gran solemnidad y regocijo. Todos y todas querían disfrutar de la curiosidad de tocarla, y eran de ver grandes grupos de indígenas contemplando embelesados el sagrado bronce mientras por primera vez henchía con sus sonos los aires de Rebola.

Al decirseles que dos buenísimas señoras de Barcelona se habían acordado de la cristiandad de Rebola y habían querido regalarles aquella campana para que fueran buenos y nunca dejasen de oír Misa, rezar el Rosario, confesarse y comulgar, etc., en sus morenos rostros se pintaba la admiración y alegría que en ellos producía la noticia. «Esas señoras de España sí que son buenas», decían algunos; «Padre, escriba V. á esas señoras que nosotros estamos muy contentos y que rezaremos por ellas á Santa María de Montserrat;» «En España sí que hay gente muy buena y muy rica;» «Pero, Padre, ¿cómo hacen las campanas en España?» Estos y parecidos comentarios se oían mientras la campana no cesaba de «hablar», según ellos dicen, y alegrar aquellos contornos. Por las bienhechoras oyeron la Misa, por ellas ofrecieron muchos la Comunión, por ellas se rezó aquel día el santo

\*

Rosario, y todos los cristianos prometieron no olvidarse de ellas en adelante. El gusto del misionero hubiera sido tomar algunas vistas para mandarlas á nuestras favorecedoras; pero aquí en Africa hay pocas posibilidades para todo. Reciban nuestra buena voluntad juntamente con el más sincero agradecimiento.

Estos buenos cristianos, espontáneamente y sin que nadie se lo haya indicado siquiera, se han declarado partidarios de la Virgen de Montserrat, á la que quieren por Patrona, pero de cuya imagen carecen todavía. Trasladamos la necesidad á tantas nobilísimas damas catalanas que por su idolatrada «Moreneta» están dispuestas á cualquier sacrificio. ¡Y qué alegría podrían dar á estos cristianos!

#### Asia.

*Nuevo viaje de investigación por los montes Himalaya.*—Los esposos Workman, acompañados del topógrafo italiano doctor Cesare Calciati, han efectuado durante el año 1911 su séptimo viaje de investigación por los montes Himalaya. Dos años antes, en 1909, había visitado los extensos ventisqueros de los montes Karakoram la expedición del Duque de los Abruzzos.

Según el *Geographical Journal*, Workman y sus compañeros se dirigieron al principio hacia los ventisqueros situados entre el monte Baltoro y los valles limitados por los ríos Shyok y Saltoro.

Pero les fué imposible encontrar una travesía por hallarse los ventisqueros rodeados de rocas y pendientes inaccesibles. Dirigióse, pues, la expedición hacia el Este, y por la ruta trazada anteriormente por Longstaff, atravesaron el paso de Saltoro, desde donde se propusieron efectuar sus investigaciones por el ventisquero Siaquen. Durante el tiempo que emplearon en esta tarea permanecieron una vez cuatro semanas seguidas á alturas de más de 4,800 metros.

El ventisquero de Siaquen tiene una extensión de más de 80 kilómetros de largo y numerosas ramificaciones. Los expedicionarios llegaron hasta una meseta de 5,700 metros, desde donde lograron subir á un pico de 6,300 metros, que se prestaba admirablemente para las meditaciones y demás trabajos topográficos que perseguía la expedición. Desde los picos del lado occidental habían sido medidos ya por Longstaff, entre ellos el Teram-Kangri, que figura en el mapa del *Geographical Journal* con una altura de 8,421 metros. Pero el resultado de la teodolit-triangulación de Calciati fué sólo de 7,200 metros para dicho pico. La altura del doble pico occidental del ventisquero de Siaquen fué precisada en 7,689 y 7,752 metros.

#### China.

*Doscientos Terciarios mártires.*—El P. Juan Ricci, misionero apostólico de la Orden Seráfica, enviado á China para la formación del proceso informativo de los mártires de la persecución boxer de 1900, ha terminado ya, después de dos años de trabajo incesante, su difícil comisión, y enviado á Roma dicho proceso, que constituye una página gloriosísima, particularmente para la Tercera Orden Franciscana. De la relación de dicho proceso resultan legalmente comprobados como verdaderos mártires unos mil cristianos, y entre éstos ocupan el primer lugar más de doscientos Terciarios, cuya heroica conducta entre la vida y la muerte, realizada por episodios emocionantes, llena de asombro aun á los más indiferentes. En los números de *Acta Ordinis* del año anterior y del presente vienen publicándose las *Actas* de dichos mártires Terciarios, que esperamos no tarden en recibir de la Iglesia los honores del culto.

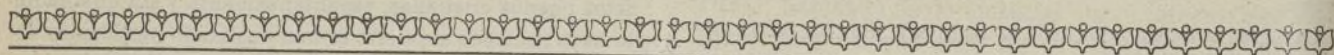


**Estados Unidos.**

*Nueva diócesis.*—Como señal de vida y de progreso de la Iglesia católica de los Estados Unidos, *The Catholic Universe*, de Cleveland, anuncia que en Roma se está tramitando la creación de cinco nuevas diócesis. La elección de las residen-

cias episcopales serán las ciudades Atlanta, Dayron, Houston, Memphis y Colorado Springs.

*The Catholic Universe* dice además que se trata también de desdoblar tres diócesis de las más pobladas, una de las cuales es Cincinnati, y de elevar las Sedes de Detroit y de Cleveland á la dignidad metropolitana.



## A LOS BUENOS ESPAÑOLES

# Por nuestros hermanos muertos en Africa

Acabamos de recibir el primer número de una por el tamaño pequeña, por la idea grande revista francesa titulada: *Pour nos Morts d'Afrique*.

En ella el Ilmo. Sr. Jacinto Jalabert, misionero, caballero de la Legión de honor, vicario apostólico del Senegal y obispo de Senegambia, dirige un vibrante llamamiento á los más nobles sentimientos del corazón francés: á su fe y á su patriotismo, para que en Dakar, la más populosa ciudad del Africa occidental, la ciudad que ya es hoy y que más será mañana el baluarte militar y marítimo de la Francia que en Africa renace, se erija un monumento, gloria de la Religión y de la patria, una catedral insigne á la memoria de los héroes del que podríamos llamar capítulo ó canto francés de la gran epopeya africana, epopeya en la que tanto y con tanta sangre tiene escrito nuestra noble España.

En Dakar los exploradores, los misioneros, los soldados, los marinos, los administradores, los comerciantes franceses muertos en tierra africana trabajando para hacer *la patrie plus glorieuse et la France plus grande*, tendrán un monumento soberbio, donde la Iglesia rezará á Dios, para que premie las almas de los héroes con la eterna bienandanza, donde la patria testificará al mundo que no olvida á los que bien la aman.

El primero del corriente Junio se abrió la suscripción y á las pocas horas sumaba lo recaudado once mil pesetas.

Como Francia y más que Francia ha regado España con sangre generosa el africano suelo; como Francia y acaso más que Francia cuenta España con beneméritos hijos suyos, exploradores, misioneros, soldados, marinos, administradores, comerciantes muertos en los campos de Marruecos, en los bosques de Fernando Poo y en Guinea, en el Muni, en Río de Oro..., luchando con la cruz, con el fusil ó con el arado, por la grandeza de la madre patria.

Por la en España ya tradicional falta de patriotismo de los partidos populacheros, por la incuria ó falta de acierto de nuestros Gobiernos, vemos con lágrimas en los ojos ondear en tierras africanas, que eran nuestras por tradición y por justicia, una bandera que no es la gloriosa roja y gualda que cobija nuestros lares, y vemos sazonar para dueño extraño la mitad ó más de la semilla que derrochando sangre y heroísmo sembrara ayer y siembra hoy el ejército español, siempre entusiasta de las grandezas patrias.

Pero, gracias al ejército y al patriotismo de los buenos, salva España en Africa unos millares de kilómetros, que bien administrados, pueden ser el ensanche de la patria, cuna de una Africa española y cuna del glorioso renacer con que Dios premiará algún día la fe secular que vive potente en el corazón español.

Tenemos Africa y tenemos á docenas héroes muertos en tierra africana. Francia, nuestra vecina, honra á los suyos erigiendo á su memoria una catedral soberbia. España, ¿olvidará á sus héroes?

Son algo monumentos como el recientemente inaugurado al cabo Noval; algo el que se preocupe el Gobierno de otorgar recompensas, pero no basta. Como Francia, debiera España erigir en la ciudad más próspera de la porción de Africa que es suya un monumento insigne; como Francia, debiera España levantar en tierra africana una catedral donde la Iglesia rezara á Dios por la paz eterna de cuantos murieron heroicamente, donde la Patria testificara al mundo que no olvida á los que bien la sirven.

LAS MISIONES CATÓLICAS lanzan la idea al público de los buenos; probable es que si no la recogen otros queridos compañeros de más circulación, muera acariciada sólo por unos pocos de los muchos que, gracias á Dios,



aún sentimos palpar el corazón ante el heroísmo y aún anhelamos y anhelaremos siempre la grandeza de la madre patria.

A los grandes rotativos católicos con preferencia, á todos los rotativos no sectarios y á las grandes revistas, pedimos hagan suyo el anhelo de que la futura Africa española tenga una Catedral levantada á la memoria de los que á cuesta de su vida dieron á España aquellas tierras que la engrandecen.—M. C. G.

## JAPÓN

### EL MATRIMONIO Y SUS CEREMONIAS.—CÓMO SE CASAN Y SE DESCASAN LOS JAPONESES

(Continuación)



El tercer día después de celebrado el matrimonio se le llama *mi tsume* (ver el tercer día), y en él tiene lugar una ceremonia entre las familias de los casados, enviando los padres de la esposa á casa del marido un presente, en el que figuran peces, mochi, y una

carta para su hija dándole buenos consejos para que sea fiel y obediente á su marido y suegros. Estos á su vez, escriben á los padres de la recién casada avisándolos que estén sin cuidado sobre su hija; y para este cambio de cartas combinan las cosas de modo que los mensajeros se encuentren en mitad del camino. Varias semanas después los nuevos esposos se dirigen á casa de los padres de la recién casada para hacerles la primera visita, haciéndose con este motivo una pequeña fiesta de familia, á la que se invitan los parientes y amigos por parte de la mujer. A esto se llama *sato gaeri*, volver á su casa.

Hemos hablado antes de los medianeros, y conviene advertir que no todos ejercen por igual sus funciones, ni sus derechos y deberes son los mismos. Uno ó una hace de principal, y los demás son ayudadores ó consejeros, y esa es la que lleva el pro de las negociaciones y la que recibe el *O-rei*, presente de gracias (no se llama precio), por sus buenos servicios.

Hacer de medianero se considera como un honor, y tratándose de personas de regular posición, hacen gastos que se elevan á 50,100 ó más *yen*, haciéndose ropas especiales para el caso, y desplegando cierto boato en su cometido: esto, todo ó en parte lo recibe luego en forma de *O-rei*, regalo de gracias, de parte de las dos familias; la costumbre es dar la misma cantidad de dinero los padres de la novia que haya sido entregada por parte del novio. Tratándose de personas pobres, los emolumentos del medianero no bajan de dos ó tres *yen* por cada parte, más asistencia al convite, como es claro, y alguna cantidad de *mochi* que recibe por distribuirlos entre los vecinos y amigos. Este es el modo, ordinario y el que se considera decente en todas las partes del Japón, variando en algunos casos secundarios según los lugares y la solemnidad según los haberes de las familias.

Además de este modo de contraer matrimonio adquiriendo la mujer, existe otro en que el varón es adquirido, entrando en la casa de la esposa, perdiendo por decirlo así su personalidad. El efecto: esto suele ocurrir en familias que no tienen línea masculina y por otra parte están bastante acomodados, y para continuar el apellido adquieren un *Joshi*, hijo adoptado, que casándose con la hija entra en la familia y pierde su propio apellido, tomando para sí y pasando á sus hijos el apellido de la mujer.

Estos matrimonios son relativamente raros, y como es fácil comprender, tienen lugar cuando el hombre no cuenta con medios para poder adquirir y hacer suya la mujer, estando dispuesto además á abdicar gran parte de su libertad, ocupando un lugar secundario en la familia, y siendo en este caso la mujer la verdadera señora de la casa. Por eso no es muy honorable.

Otra manera de verificarse el matrimonio entre la clase baja del pueblo que no tiene donde caerse muerto, es la llamada *hikkoshi nyobo* (mujer llevada). Consiste en dirigirse los dos enamorados á un barrio distante donde son desconocidos, y con unos pocos gastos y algún testigo del *O sake* quedar casados. Este, lo mismo que otro sin ceremonia alguna seguido después de haber tenido relaciones ilícitas, son considerados con desprecio aun por el pueblo; mas como la ley hasta hoy, por lo menos en la práctica, es floja y los deja pasar, de ahí que hay bastantes, seguidos con frecuencia de pésimos resultados.

Los familiarizados con las costumbres chinas habrán podido observar, en lo que llevamos dicho, una copia exacta de lo que se practica en el celeste imperio, quitadas las mil supersticiones y nimiedades que allí acompañan al matrimonio y á casi todos los actos de la vida; é igualmente todo lector atento puede haberse dado cuenta, de la ausencia de todo acto que de lejos ó de cerca puede considerarse como religioso, en las ceremonias que anteceden ó acompañan al matrimonio entre los japoneses. Este es un dato que entra por mucho en la concepción que del vínculo matrimonial se forma un pueblo, mirándolo como sagrado, y por lo tanto algo más que natural; ó simplemente como un contrato, importante sí en la vida del hombre, pero al fin sujeto á las reglas de todo contrato humano; que es, como hicimos notar al principio, la idea general y dominante entre los japoneses.



Contraído el matrimonio, la mujer japonesa en su parte exterior lleva ciertos señales, que para sus paisanos y el que conozca las costumbre de la tierra, son indicios inequívocos de que una joven ha dejado de ser soltera. La forma del peinado se cambia por la llamada *maru-gama*, ú otra propia de las casadas, y esto continúa observándose generalmente; se rasura las cejas, lo que antes era obligación y hoy va cayendo en desuso, sobre todo en las ciudades; y por último debían pintarse los dientes de negro, costumbre que era también muy general entre los hombres. El Gobierno les prohibió esta práctica en 1870, y á las mujeres, aunque no se las impidió el continuar la costumbre, el ejemplo de

derse usar por medio de una brocha, en la que esparcían, en el momento de usarla, algunos polvos más de agalla de monte y limaduras de hierro. Dándose con esta mixtura un par de veces á la semana, al cabo de un mes presentaba el color apetecido; pero, para conservarla brillante debían continuar durante toda la vida, untándose una vez al mes, poco más ó menos.

Antiguamente, cuando los japoneses se rasuraban la parte delantera de la cabeza haciéndose el peinado raro que se ve en las fotografías, prohibido por el Gobierno hace unos 40 años, los jóvenes tenían un peinado especial, recogíendose el cabello atrás sin rasurarse; pero ésta sólo duraba hasta contraer matrimonio; así como



CHINA.—KUANG-TONG.—Flauta y cítara.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais

la actual Emperatriz, que dejó de seguir esta práctica, y las ideas esparcidas contra ella, dieron en seguida sus frutos, de modo que hoy son raros los casos en que se pintan de negro los dientes, aunque conserva numerosos testimonios en las mujeres de 60 años arriba.

Para conseguir el objeto de presentar una dentadura negra como el azabache, y tan fuertemente agarrada que durase por toda la vida, hacían una tintura casera compuesta del siguiente modo: Hervían dos ó tres cuartillos de agua, y luego añadían medio vaso de *O sake* (vino de amor), introduciendo después varios hierros candentes que dejaban así por 5 ó 6 días.

La espuma que en este líquido se formaba la recogían en un pequeño recipiente y la volvían á hervir; en este estado mezclaban agalla de monte y limaduras de hierro, continuando hirviendo por algún tiempo hasta que la mezcla quedase espesa y en disposición de po-

derse usar por medio de una brocha, en la que esparcían, en el momento de usarla, algunos polvos más de agalla de monte y limaduras de hierro. Dándose con esta mixtura un par de veces á la semana, al cabo de un mes presentaba el color apetecido; pero, para conservarla brillante debían continuar durante toda la vida, untándose una vez al mes, poco más ó menos.

Antiguamente, cuando los japoneses se rasuraban la parte delantera de la cabeza haciéndose el peinado raro que se ve en las fotografías, prohibido por el Gobierno hace unos 40 años, los jóvenes tenían un peinado especial, recogíendose el cabello atrás sin rasurarse; pero ésta sólo duraba hasta contraer matrimonio; así como

el fumar y usar pipa para hombres y mujeres era una señal casi cierta de estar casados. Hoy día la ley prohíbe á los jóvenes fumar hasta los 20 años, y en público se observa; mas como la edad para el matrimonio, que antes era precoz para ambos sexos, se ha dilatado para los hombres hasta los 25 ó 30 años, el uso de la pipa ha dejado de ser señal inequívoca de un casado, aunque sí lo es todavía para la mujer. Porque se debe saber, que en este país las mujeres fuman tanto como los hombres, aunque ya se empieza á notar alguna diferencia; y ellas, mujeres del pueblo ó señoras de rango, usan en público, como la cosa más natural, la clásica tabaquera y pipa delgada, recta, de media cuarta ó más de larga, con un tan pequeño recipiente, que sólo cabe tabaco para una chupada, debiendo repetir tantas veces la operación cuantas se desee echar humo.

Daremos ahora á conocer algunas costumbres locales



raras que acompañan á las ceremonias del matrimonio. En la Isla de Shikoku, provincia de Awa, en un pueblo llamado Tsuda, el modo de adquirir mujer, ó casarse, es llevando por la fuerza á la joven que se desea por mujer. Para esto cuando un joven desea tomar estado, comunica la idea á sus amigos, diciéndoles también quién es la señora de sus pensamientos. Estos después de considerada la propuesta, escogitan el medio de apoderarse de la muchacha y conducirla por la fuerza, si es que no va de grado, hasta la casa de antemano preparada. Una vez allí se la obliga á pintarse los dientes de negro con la mixtura antes descrita, hasta abriéndola la boca si fuese necesario, y al día siguiente se solemniza el matrimonio con un convite á los amigos, quedando justificado lo hecho sin protesta ni resentimiento de los padres; pues ellos en sus tiempos hicieron lo mismo, y la costumbre, por extraña que sea, para la gente rústica tiene fuerza de ley. En algunos lugares de la provincia de Tosa, también isla de Shikoku, la costumbre exige al novio que el mismo día antes de la boda haga una visita á la casa de su desposada; de modo que al salir él de la visita, las cosas que como dote ha de llevar la mujer, salen también llevadas por cargadores decentemente vestidos. Las hermanas y las vecinas jóvenes y conocidas toman todas las entradas de la casa escondiéndose, y cada una preparada con una taza de agua espera la vuelta del novio. Tan pronto como aparece en la puerta se ve rociado de agua que de todas partes le arrojan con la consiguiente alegría de las bromistas. Esto se llama *Mizu iwai*, agua, de regocijo ó felicitación, y se concreta al novio, guardando para la novia otras sorpresas un poco más pesadas. Esta debe salir de su casa á hora conveniente para poder llegar á la casa de los suegros á la media noche. Allí la están aguardando una turba de hombres y mujeres vestidos de raras formas y enmascarados, ansiosos de contemplarla. Una vez que entra en casa se precipitan todos dentro, y unos abren un poco los *shoji*, puertas corredizas sin postillos que separan las habitaciones japonesas, otros más atrevidos las abren del todo, y allí la están observando como se muda la ropa, y diciendo chanzas y criticándolo todo; sus defectos verdaderos ó inventados, ocurrencias y gracias sobre sus vestidos y persona, pasando un rato ameno á costa del prójimo.

No falta alguno que hace del borracho, si no lo está de veras, y con los modos propios de los que están bajo la influencia del licor, se presenta en la casa de los novios pidiendo que se le dé parte en el convite. Los padres, sin incomodarse por nada, acceden de buena voluntad; al fin es un día de boda y deben sufrirlo todo en señal de la satisfacción y alegría que este suceso les produce, mostrándose condescendientes con todos.

En la provincia de Shinano, antes de llegar á Tokio, en una región montañosa llamada *Kiso*, practican una costumbre curiosa en extremo. La novia al dirigirse á casa del novio, va repartiendo dulces á los muchachos que encuentra en el camino. Los medianeros del matrimonio al conducir á la desposada desde la entrada de la casa á las habitaciones del interior, se pintan la cara con cisco de los sartenes, lo cual quiere significar que se arrepienten de los malos juegos que han hecho

durante su cometido; porque hay que observar, que los medianeros de oficio tienen fama, muy bien fundada en la experiencia, de ser mentirosos y engañadores, ocultando defectos ó exagerando cualidades de las partes contratantes, á fin de llegar al objeto propuesto del arreglo matrimonial. Al entrar el novio en la sala donde se verifica la ceremonia del *san-san-Kudo*, ó el cambio de las copas de *O sake*, la novia que va preparada con un saquito de unas judías encarnadas pequeñas, muy abundantes en Japón, se lo arroja con fuerza diciendo: «Aquí te he estado esperando á ver lo que determinabas;» á la que el novio responde: «Bueno, aquí estarás hasta que la piedra fundamental de esta casa se desmorone y haga polvo.» Al día siguiente los vecinos y amigos llevando un regalito van á felicitarles, siendo obsequiados á su vez con *O sake* y mochin, organizando una pequeña danza en su honor, costumbre ésta del baile casi desconocida en este imperio.

No menos curiosa que la anterior es el modo con que deben manifestar su amor los habitantes de la isla *Hachijo*, cerca de Tokio, á la mujer que desean por esposa.

Cuando un joven isleño pretende la mano de una isleña, ésta antes de dar el sí, le exige como pruebas de su puro é inflamado amor que la vele el sueño durante quince ó más días. Para lo cual el joven todas las noches carga con el *futon*, colchonitos que sirven á los japoneses de cama, y con ellos el hombre va á pasar la noche á la puerta de su amada hasta que ésta ya satisfecha de su amor le da de alta, empezando luego los preparativos para el próximo enlace. En la provincia de Jo shiu, distrito de Meyebashi, la novia sale de su casa montada en un caballo guiado por uno de los medianeros, debiendo empezar su viaje después del mediodía. Hacia la mitad del camino levantan una casa provisional llamada *naka yado*, casa del medio, y en ella pasan la novia y los acompañantes para hacer aquélla su *toilette*, y una vez anochecido continuar su viaje hasta el fin.

Al llegar á casa del novio es recibida por los parientes, amigos y convidados, estando además la casa grandemente iluminada con faroles y hachas. La entrada de la puerta está impedida por una gruesa y larga caña de bambú levantada del suelo dos ó tres pies, y por encima de ella debe pasar la novia. Con esto quieren indicar, que la esposa no debe volver á pasar esta barrera, ó lo que es lo mismo, intentar volver á su casa.

En algunos distritos de la provincia de Kaga, norte del Japón, á la novia no se la permite entrar por la puerta principal, sino que debe entrar por una puerta trasera ó secundaria. A uno de los lados colocan un mortero de pilar arroz, y en el momento de pasar, uno ó dos hombres están pilando arroz, sin duda para desearles que nunca falte en su casa este cereal, que constituye la base de la alimentación entre los japoneses. La novia lleva una botella llena de agua de su casa, y el novio se presenta con otra, de las cuales beben alternando antes de empezar la ceremonia nupcial. Basta lo apuntado como muestra de costumbres raras.

FR. JOSÉ M. ALVAREZ, O. P.

(Se continuará).



## MOGOLIA PINTORESCA

## LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

(Continuación)

## Las zorras



RECEN y se multiplican en los valles de la montañosa región del Main-tien-tse, cuya tierra granítica se abre en largas y profundas hendiduras en las que abundan pintorescas grutas. Los chinos paganos temen por superstición cazar este animal. Creen que cuantos animales cavan la tierra ó viven en grutas, cuevas ó bosque, tienen algo de espíritus superiores, porque, asegura la teoría, oyen y aprenden algo de lo que pasa en el mundo inferior. Las zorras dependen de una jurisdicción especial cuyo centro es Tái-chan, montaña sagrada de la China central (L. Wieger).

Los cristianos de la meseta, libres de estos imaginarios temores, cazan la zorra con regularidad. Cada invierno dan en la región una batida y regresan de sus excursiones cinegéticas cargados á veces de más de cien pieles de zorras. Cada piel será vendida por diez francos á los comerciantes en pieles de la vecina ciudad.

Para cazar las zorras acostumbran á servirse de venenos. Cuando descubren un valle ó campo frecuentado por ellas, colocan á corta distancia unos de otros, pedazos envenenados de cualquier manjar de los apetecidos por el astuto animal. Se retiran los cazadores, y cuando confiado, porque son absolutos el silencio y la soledad en el valle, salen las zorras en busca de comida, sorpréndelas alegremente hallarla tan sabrosa y bien dispuesta á tan corta distancia de sus guaridas. La comen con avidez, corriendo desaladas de uno á otro pedazo: y antes de que puedan acabar de saborearlos, caen heridas por los efectos del arsénico que contenía el manjar. Al amanecer del siguiente día el cazador no tendrá otro trabajo que recoger los muertos. También suelen servirse para cazarlas, de cepos y cavar hoyos profundos y estrechos que ocultan con hojarasca; al pasar cae en ellos la zorra y queda prisionera.

## Los caballos

Main-tien-tze es una meseta que, pasado el invierno, se viste de fresco y sabroso césped, delicia de antílopes y cabras montesas. Es, pues, excelente tierra de pastos. Los mogoles de la meseta y los chinos de la montaña que lo saben, en cuanto mueren los fríos, conducen á ella sus rebaños de bueyes, vacas, cabras y carneros.

Los que más se regalan en este mes de césped son los caballos: es espectáculo grandioso verles correr en rebaños de mil ó más cabezas; dando saltos de placer van comiendo los brotes más tiernos de la hierba de la pradera, y luego se regalan tumbándose sobre largas gramíneas, y juegan y se recrean haciéndose, cual vanidosas niñas, interminable *toilette* que de súbito interrumpen, lanzándose á galope cual presos de extraño temor ó quizás ebrios de aire puro, de luz, de horizontes ilimitados.

Estos caballos no son salvajes: son animales de recreo, de tiro ó de albarda, de mogoles ó de chinos ricos: los envían unos meses cada año á restaurar fuerzas en la meseta.

No son, pues, los caballos de Main-tien-tze los célebres *mustang* y *alzados* que aún hoy gozan la libertad salvaje, corriendo en rebaños incontables las pampas de la América meridional, las mesetas del Nuevo México, á lo largo de las riberas del Texas y en las regiones desiertas de la América septentrional, hasta el norte de la región de los grandes lagos.

Pero la China los tiene caballos salvajes, y no en corto número: donde más abundan son en las estepas del Lob-Noor. Les llaman *tarpan*s, y vagan por las estepas de la Tartaria occidental en grupos de 20 á 30 cabezas.

«Al descubrir la proximidad del hombre, el tarpan escapa corriendo cuanto puede, hasta que, agotadas sus fuerzas, descansa, pero sólo el tiempo preciso para poder continuar huyendo durante varios días: y en el decurso de un año apenas si volverá una ó dos veces al sitio donde fué sorprendido por el hombre. Su color suele ser el bayo y negro el de la cola y crines, que en los adultos son largas y hermosas. Es tan difícil su caza, que los indígenas de Loob-Noor la juzgan imposible.» (Prjevoloki).

Los caballos del Main-tien-tze sirven para la remonta del ejército: al igual que todos los de la Mogolia, son de talla mediana ó pequeña, tienen las piernas y el cuello muy desarrollados, espesa la piel y son de incomparable resistencia. En lo más frío del invierno viven sin enfermar en las tierras donde pacen, alimentándose de arbustos y de las migradas hierbas que resisten al frío. Los vigila un mogol al que pagan unas pocas pesetas mensuales por cabeza. Cuando el propietario necesita uno de sus caballos, se lo pide al guarda y éste salta encima de su favorito, lo espolea, y suelta la brida y guiándolo á gritos, corren como el rayo por entre las bestias que pacen. Empuña una especie de látigo, largo como una caña de pescar, rematado por



una tirilla de cuero á la que va cosida un nudo corredizo: maneja este aparato con igual habilidad que los *gauchos* tiran el lazo. El caballo perseguido intenta en vano la fuga. Cercado y cogido, el lazo le impide resistirse, lo conduce á donde lo espera el propietario, le pone bocado y brida, lo ensilla, y vedlo impuesto para recibir á su caballero. (M. Monnier).

Los caballos de Mogolia no cautivan por la elegancia de sus formas: no tienen como los *pur sang* ingleses ó españoles, cuello de cisne, esbeltas piernas y noble

cabeza, antes al contrario, son bajitos y rechonchos, defectos que compensan sobradamente su fuerza, su buena voluntad y su resistencia, de la que cuantos sólo conocen caballos europeos no pueden ni formarse idea. Dotados de músculos de hierro, resisten marchas imposibles: cuando el frío es de 40° y cuando el calor es de 50, los veréis subir montados, con la agilidad de la gamuza, las cuestas más abruptas, bordear los abismos más vertiginosos, correr á trote cuatro horas seguidas por cauces secos, sembrados de cantos rodados.

(Seguirá).

## AFRICA

### EL MONO Y LA TORTUGA

CUENTO ESHIRA

**E**l mono y la tortuga eran amigos. Un día el mono dijo á la tortuga: «Ven mañana á comer conmigo á mi casa.»—«Bueno,» contestó la tortuga. Al día siguiente ésta se fué á casa de su amigo. A su llegada el mono y ella se abrazaron. El mono había preparado una succulenta comida, pero el tunante la había mandado subir á lo más alto de un árbol. Entonces dijo á la tortuga: «Amiga, sube, la comida está preparada.» La tortuga probó de subir, pero era inútil, perdía sus uñas una tras otra. No pudiendo resistir ya más, dijo al mono: «Amigo, me es completamente imposible subir tan alto.—Pruébalo otra vez, dijo el mono, y subirás.»

La tortuga probó otra vez de subir, pero siempre en vano. Ya fatigada, dijo al mono: «Hasta la vista, amigo, me vuelvo á mi casa; tú también me vienes á visitar mañana.» Y la tortuga se volvió á su casa. Al día siguiente, al amanecer, el mono, con toda su familia, se puso en camino hacia la casa de la tortuga para devolverle su visita. A su llegada á casa de ésta, ésta le abrazó, le trajo un asiento, le dió los buenos días (1), y le preguntó por su salud. Después añadió: «Amigo, aquí tienes agua, lávate en seguida las manos, pues la comida está ya servida.» El mono, que olía el perfume de los platos preparados por la tortuga, se acercó al agua y empezó á lavarse las manos. Pero siempre le quedaban negras. Entonces la tortuga le dijo: «Coge arena y frótate con ella muy fuerte, verás que pronto te quedarán blancas.» El mono cogió arena y frotó con todas sus fuerzas, pero sin resultado alguno. Viendo que aquello era perder el tiempo y que la sangre brotaba de sus manos, dijo á la tortuga: «Amiga, agradezco mucho tu invitación, pero me es imposible blanquearme las manos para sentarme á tu mesa. ¡Hasta la vista!»

(1) Contrariamente á las costumbres europeas, el indígena que recibe la visita de alguien, primero le invita á sentarse, después le saluda y se interesa por su salud.

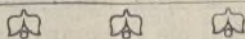
«Hasta la vista, respondió la tortuga, y no me guardes rencor; hoy te he dado lo que tú me diste ayer.»

Esto no es más que un cuento; pero lo saben todos los habitantes de la nación.

Recogido por ANDRÉS WALKER, Pbro.



CHINA.—Pagoda en los alrededores de Shiu-Kuang en la provincia Kuang-Tong.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais.





## LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES

(República del Panamá)

## VII

Bautizo de los dos primeros sacristancitos.—Embarcados el día de la Santísima Trinidad llegamos á Narganá y vemos la cruz de la Misión arrancada.—Apuntan los indios si podrían ser sacerdotes.—Razón por la cual no han tenido misionero en tantos años, deducida del dicho de un indio.—Se difunde en los indios del Oriente el deseo de tener Padre y empiezan á aprender.—Se muestran refractarios los de Enrique.—La pesca de la tortuga.—Por qué no derraman sangre los indios, sino que queman ó ahogan á las víctimas.—Otro modo de coger tortugas.

**A**UNQUE por tener en un capítulo la historia del pueblo del Sagrado Corazón de Jesús, la hemos compenetrado para evitar en lo sucesivo alusiones y digresiones, quedan algunos datos curiosos ó edificantes de este primer tiempo que pondré en esta Segunda Entrada.

Desde que dejé embarcada hacia Narganá á la familia del Cacique Carlos, me dediqué á instruir á mis dos futuros sacristancitos, que bautizados recibieron el nombre de Estanislao Kostka uno, y Leonardo Kimura el otro. Aquél, es el Estanislao que arriba dije. Leonardo á los pocos días de mi estancia en Narganá se empeñó también en venirse conmigo, no tanto por el cielo como por el suelo: por huír eso de tener que buscar cada día la comida, que Dios se la da casi sin trabajo, pero hay que buscarla, ó en la pesca, ó yendo al monte á traer plano, frutas, etc., pues en sus casas cada día acaban cuanto traen, sea poco, sea mucho. La del pobre, primero reventar que sobre. Es admirable lo que dicen: voy á coger tal clase de pez ó tal pieza de montería, y efectivamente la traen esa y no otra, de ordinario. Muestra clara de la destreza que adquieren en la cacería y pesca.

Era tanto el deseo que los dos tenían por venirse conmigo, que cada día me lo repetían muchas veces, y aunque otros también querían y á todos los llevaba yo suspensos, estos dos mostraban más deseos y les mostraba yo más confianza, haciéndoles maestros de los demás en los rezos. Apenas llegó el vaporcito me vinieron ellos á traer la noticia y luego trajeron sus camisitas, y saltaron ellos antes que yo á la barca con sus dos saquitos de frutas, fiambre con que ellos suelen hacer sus viajes. Los tales sacos Dios los hace, como fundas del cogollo tierno de cierta palmera. Aprendieron de catecúmenos de oídas el modo de ayudar á Misa, la mitad de la Doctrina en karibe y el Santo Rosario. Iba á bautizar sólo á Estanislao, que Leonardo no quería bautizarse, estando el día próximo. Al fin rompió á llorar y me dijo, sin que yo lo requiriera, que quería bautizarse. Por superiores respetos, aunque visto su retraimiento, no era yo de ese parecer, lo bauticé con Estanislao, en la Parroquia de la Merced, siendo padrino el Sr. Santiugini de Barcelona, vecino nuestro en Panamá. El mismo día comulgaron todos en la Misa que les dije en la capilla de la Virgen que está al pie y

fuera de la Parroquia, único santuario, por decirlo así, de esta ciudad.

Entretanto iba yo buscando barco para volver á la Misión, concluídos mis apuntes de lengua karibe y diario, pero nadie me quería llevar. En efecto, supe que el que nos había llevado de práctico en el vaporcito famoso, había hecho correr la especie que en un pueblo más allá de Narganá los indios habían querido matar á la tripulación, porque me habían aportado á Narganá, tierra de indios. Por eso también el dueño del vaporcito no quería que yo me embarcara. Dios los castigó, pues el tal vaporcito fué declarado por el Gobierno inútil, aun para el astillero, y el tal práctico pasó poco después á un barco de vela y se ahogó, beodo, precisamente entre mis dos islas de Narganá y Sagrado Corazón. ¡Hay que ayudar en las empresas de la salvación de las almas!

El día 26 de Mayo, pues, fiesta de la Santísima Trinidad, nos embarcamos mis dos sacristancitos y yo en el miserable barco de Sho, como dije, animado con el *Ecce vobiscum sum, euntes docete* de la Misa de hoy, acordándome que tampoco á San Ignacio le quisieron llevar en el barco bueno á donde llegó con el barco medio descalafateado. ¡Oh qué calmas y soles, sin agua en el día y con lluvia de noche, sobre cubierta porque no había cámara!

El 30, día de Corpus, aportamos á *Nusatupu*, donde á las injurias y amenazas que los indios me hacían por mi venida, se añadió la pena de ver á Leonardo que, arrancándose de mi lado, saltó á un *urkagolo* ó barquichuelo, y sacándose del cuello el hermoso rosario del día del bautismo, lo echó al mar y se fué sin hacerme caso.

En eso reparé que en mi isla de enfrente, Narganá, no estaba inhiesta la gran cruz que el día de Viernes Santo habíamos plantado. ¿Qué se ha hecho? «El cacique grande, i. e. Enrique, dijeron unos niños, la hizo arrancar y echar por manos de los muchachos en el mar bien lejos.—¡Ya la tenemos! Luego ciertos son los toros, me dije, hoy me matan, pues los viejos estaban tan furiosos. Sho quiso disimular y dijo que los hombres no se habían metido en eso, sino que fué un juego de los muchachos y que eso les dijo que hicieran un yanki (de los protestantes masones sería) que por acá vienen á comprar cocos por géneros. ¡Qué miradas de odio



satánico me dirigían algunos indios! Al fin, Sho no sabiendo qué hacerse conmigo, pues me había traído por encargo del Presidente, como arriba se dijo, y viendo que yo le decía que me hospedaría en su casa, me señaló un cuartito de unos cuatro metros cuadrados, de tablas acuchillado que tenía sobre el bamboleante muellecito que se había hecho para cargar y descargar sus cocos al *urkagolo*, añadiendo: «No salgas de aquí porque te matan.» Ese miedo fué el centinela que me puso y entornó la puerta. Afortunadamente, algunas tablas del piso sobre el mar estaban mal clavadas, y me alegré por tener allí un desagüe. A pocos que hayan leído estos viajes se les habrá ocurrido la dificultad de los tales desagües: y cierto que es un punto difícil en tales barquichuelitos á veces por uno y dos días, sobre todo en los primeros viajes que hice, que debía ir con tanta cautela por ser la gente tan original, como se irá viendo, y aun en tierra es difícil, porque todo el islote está ocupado de casas hasta la misma orilla del mar. Por eso los indios para el efecto se meten en el mar.

Dolíame, pues, mucho la cabeza por falta de desagües en los días de navegación y por falta de agua para beber que me repugnaba la poca que había, y falta de dormir y de alimento, pues ya era tarde y estaba en ayunas. Pensé que me llevarían á mi isla de San José, donde diría Misa en día tan grande. Todas esas circunstancias, y la falta de seguridad entre gentiles, y la sobra de amenazas, me determinaron á dejar la Misa en día tan clásico. Mi fiel Estanislao, que ni invitado quiso irse á su casa, fué mi compañero en esta original prisión. Al poco vino Sho trayéndome tres plátanos asados, un par de huevos y un pedacito de tocino asado en las brasas. Nos repartimos la comida mi Estanislao y yo. El cuartito dicho tenía otra ventaja, y es que estaba solo, si bien sobre el manso mar del arrecife, pues Sho vivía en su gran choza dentro de la isla. En ese cuartito, pues, dije Misa estos días y recibí las visitas primero de los niños y después de los mozos, que con entusiasmo empezaron á cantar Ave María y el Rosario en karibe, y luego empezaron por las noches á contestarnos los de la isla de San José, pues el cuartito quedaba enfrente de la actual casa que hoy tenemos en San José de Narganá y había como dos ó tres minutos de distancia.

*Día 34.* A pesar de tan mal recibimiento, observóse la costumbre de los indios de presentarse el viajero ó presentarlo á la asamblea, á que cuente lo ocurrido en el viaje. Si el viaje es de poca monta, la asamblea la constituyen los mayores de la familia del viajero y algunos curiosos; pero si el viaje es de trascendencia, como este de Sho, se reúnen casi todos los hombres del pueblo en casa del cacique y colgando tres hamacas en el centro de la casa para los tres principales, y luego tabloncillos ó bancos burdos al rededor de las hamacas para los asistentes, se da cuenta por el jefe del viaje lacónicamente pero sin dejar el más mínimo suceso y todo eso con cierto ritmo, á cuyo fin de estrofa el cacique ó el que recibe la cuenta del viaje, contesta con el *itolóóóóó* de que ya hablé. Llamóme, pues, Sho á la presentación, ya obscurecido, á casa del Enrique. No me hicieron sentar en la hamaca, sino en sillón. Me extrañó tal prenda allá, quizá de algún buque que fué á pique.

Para que hubiera más cabal inteligencia trajeron de Río Azúcar un muchacho, Julián, que estuvo en Cartagena donde aprendió algo de castellano, y dijo que allá se bautizó. Este debía ser el intérprete: me pareció de buen corazón, pero demasiado joven: por eso no pesaba nada su juicio ante aquel senado. Al fin no fué necesario el intérprete, por la facilidad que Dios me dió. Sirvió con todo, porque terminada mi sesión quedóse hasta las dos de la madrugada, oyendo todas las maldades y sandeces que contra mí y mi doctrina dijeron para contrármelas y orientarme.

Sho, pues, en estilo cortado y digno, contó todo su viaje y cómo y porqué me había traído. Luego el Cacique me dice: ¿Y tú porqué has venido? ¿qué pretendes? —Vengo á vivir aquí para enseñaros el camino del cielo.—Pues nosotros para que nadie venga acá, hemos mandado muchachos á que aprendan en Panamá, y los restantes están ocupados y no están para aprender.—Contesté que mi permanencia no era sólo para enseñar á los muchachos, sino para atender á las almas de todos.—Dijeron que ellos tenían sus sacerdotes y aunque éstos no se podían comparar conmigo, pero ya aprenderían para ser sacerdotes los muchachos de Panamá.—Dije que ojalá aprendieran, pero que no tenían cabeza para eso.—Lo confesaron de plano.—Callaron viéndose perdidos y al fin rompió el silencio un viejo endemoniado, Manuel Portete, diciendo que para qué necesitaban ningún sacerdote.—Para que te bautice, te enseñe y no te vayas al infierno.—Se rieron él y su hijo: nosotros no vamos al infierno, dijeron. ¿A ti te ha dicho Dios que si no nos bautizamos iremos al infierno?—Sí, en el santo Evangelio.—Ellos, furiosos, dijeron que no querían Padre, y que no irían al infierno por no estar bautizados, y que veían que los cristianos que iban por su tierra eran peores que ellos, borrachos, ladrones y algunos asesinos. ¿Para qué nos propones, pues, un camino ó ley que hace malos?—¿Yo soy bueno?—Sí.—Pues como yo soy haceos vosotros, que esos otros por eso son malos, porque no creen ni observan lo que yo os enseño. Además no confundáis á los católicos y á los no católicos, que vienen por aquí. Aun los católicos echados á perder están en mejor condición y son mejores que vosotros. En efecto, me caigo yo en el suelo, me veis vosotros, os echáis á reír y os vais burlándoos; me ve uno de esos que vosotros llamáis, y quizá son malos, me da la mano y me levanta. Diréis vosotros que lo hace por ser de los míos. No, que si cae uno de vosotros, pasa uno vuestro, se ríe, y no le ayuda; pero pasa uno de esos míos y le da la mano al vuestro, y lo levanta. ¿Quién es, pues, más bueno? El gentil no tiene pizca de caridad, eso sólo lo ha enseñado Cristo. «En eso conocerá el mundo que sois mis discípulos.»—Pues no queremos ni casa para el Padre, ni Padre, dijo Portete y su hijo, estando los otros en grave y profundo silencio.—Solo tú, Manuel, y tu hijo no queréis Padre, pues dejad á todos los demás, que yo á ti no te atajo si te empeñas en bajar al infierno, aunque me duele; pero no quieras que estos otros y tantos niños se priven de Dios por tu culpa.—No soy yo solo, sino todos los hombres y mujeres dicen lo mismo, y sino que hablen. Y atemorizados, á media voz, dieron á entender bastantes que no querían Padre, y menos la casa en



sus tierras. Finalmente, tras unas dos horas en que repitió eso de varias maneras, dije que yo me quedaba aquí, aunque me mataran, para salvar los que quisieran salvarse.—Dijeron que no querían matarme, sino que no querían *huacas* ó extranjeros. Parece les hizo efecto el dicho de Sho, que interpelado antes por uno por qué no me mataba, contestó: Y después vendrá el Gobierno de Panamá y nos matará con fusiles á todos.

Olvidábame que el hijo del famoso Portete el último argumento que me sacó para no admitir Padre fué, que ellos nunca habían tenido Padre, y si el Padre fuera necesario para ir al cielo, ¿cómo Dios les había dejado hasta ahora sin Padre?—¡Oh justicia de Dios! porque vuestros mayores no se aprovecharon de los que Dios les mandó, por eso los perdisteis en la Extinción.—En efecto, es cosa digna de meditación la justicia y providencia de Dios en lo que me dijo, hace unos veinte días, en Panamá un indio de estos karibes del Atlántico, pero que vive entre los de la parte del Pacífico, el cual sabiendo que yo había hecho la primera entrada á los karibes, vino á conocerme, teniendo por milagro mi ida y regreso. Dijo: «Mira, Padre, de mi región del Pacífico todos los indios son bestias que no piensan más que comer. Sólo yo, otro Rafael cristiano, y un gentil bueno pensamos en Dios. De la otra región del Atlántico sólo en Narganá, en Río Azúcar y Tupile (hoy San Ignacio de Tupile) piensan bastantes en Dios; los demás no piensan sino en ser bestias.—Con justicia Dios me ha traído á esos pueblos tan sin pensarlo yo.—¿Por qué, pues, deja Dios á los demás gentiles?—Porque se niegan á las inspiraciones, y Dios es justo y les castiga terriblemente, dejándoles vivir como bestias gordas por esos bosques.

*Día 1 de Junio.* Tras la Misa me vino Sho con que el Cacique, por efecto de las amenazas de ayer de lo del Gobierno, está atemorizado. *Initium sapientie timor Domini.* Aprovechando esta buena disposición, antes que se empeorasen las circunstancias le dije á Sho que me llevasen un rato á la otra isla á ver á mis amigos. Sólo ví á algunos, me dijeron que ellos estaban fieles y me harían casa, que sólo aguardaban viniera Carlos de su pesca de tortuga dentro unos días. Me resolví pues á estar en mi cuartito, aguardando la hora de Dios.

*2 de Junio.* Vino á visitarme en mi cuartito un negro comerciantillo. Cuenta que viene del Oriente, de al rededor de los indios de Tupile. Están esos indios quejosos porque no he ido á sus tierras, y los muchachos van en sus pescas cantando Ave y Santa María. Durante mi estancia en Panamá fueron algunos á aprender de los de Narganá, y llevaron á Tupile la semilla que Carlos y el fiscal José habían fomentado.

*Día 3.* Cada día comulga mi sacristancito, en la Misa que á puerta cerrada digo. Empiezan los mozos á aficionársenos y nos atisban por las rendijas. Así, pues, dije á Sho si me dejaría salir un rato por las casas vecinas á enseñar las estampas de doctrina. Habido el permiso, un rato les enseño á rezar y otro les explico los cuadros á los curiosos. Me ofrecieron dos niños para bautizar, pero como veo que los viejos no quieren ser cristianos, esperaré.

*Día 4 de Junio 1907.* Todas estas noches tienen

sus juntas diabólicas los viejos, y de todas resulta «fuera el Padre y sobre todo no se haga casa para el Padre.» Sho cada día se vende por mi amigo y cada día dice: Yo te ayudo lo posible, pero los indios son malos. Hoy pues le dije: Claro, estáis vosotros solos hablando, no hay quien conteste á las dificultades, por eso no resolvemos nada favorable. Dejadme ir á vuestras juntas y veréis. Convino Enrique, y me prepararon la casa como el día 31. Endemoniado sanedrín. Convocaron más indios y *absogetis* ó sacerdotes. El blanco de la cuestión es si se ha de hacer casa al Padre.—Se resisten porque eso es tener un Padre de asiento en el pueblo, y eso le duele al demonio.—Al fin terció en la cuestión el cacique joven de Ukunseni (al que hoy llamamos Santiago) el viejo es otro, y me dijo que él quería bautizarse: parece de fino corazón y apaciguó á los viejos furibundos. Hoy estaba la gente más exaltada que el otro día. Sobreponiéndose, pues, Santiago, resolvió que iría una comisión á Panamá á preguntar al Presidente si me habían de hacer choza. El negocio era dar largas. Dije: ¿Para qué ha de ir la tal comisión á preguntar lo que el mismo Presidente dice en la carta á Enrique? Volvamos á leerla. «Iba Enrique á bajarla del entablado que como piso en su choza tiene, y le gritó Sho: «No la bajes, que está demasiado claro.» Lo que Sho quería era ver cómo raciocinando podrían encontrar alguna interpretación por donde escapar. Luego en alto karibe, para que yo no entendiera, dijo me dijeran que no me hacían casa porque habían de oír antes á los monteses. ¡Vaya unas bestias endemoniadas los monteses! Se descubrió, pues, la perfidia de Sho.—Les dije cómo eran tan infelices que querían servir al demonio que no les había dado nada, y en cambio se resistían á Dios que les había dado todo y les quería dar más. Les duele á los viejos que les arranque el demonio, como si les arrancara las ruedas. Así, pues, como les he dicho tantas verdades y tan vehementemente están los viejos como jadeando de la batalla, y así como postrados ya no se atreven á contestar. Sólo el sacerdote de más prestigio dijo, tapándose la cara con el bombín (muchos usan sombrero bombín, cosa que da risa en un salvaje), que yo era un mentiroso al enseñar que si no se bautizaban iban al infierno. Que él también sabía para poderme contradecir.—¿Quién eres tú? le dije.—Se tapó más la cara y dijo «el gran cacique de Narganá» (1).—«Pues aunque seas gran cacique, te irás al infierno por tu maldad, si no te quieres hacer cristiano, á quemarte para siempre.» Y les volví á repetir toda la doctrina como el otro día, para que no alegase ignorancia, ya que hoy parece se desdecían de los buenos sentimientos de días atrás. Quedaron taciturnos y se les veía la tempestad de su corazón. Así, pues, terminé diciendo que si efectivamente él era gran cacique y á nombre de todos, ó la junta toda, me echaban, yo me iría de la isla, pero que al quitarme yo los zapatos para sacudirlos y ni un grano de arena de ellos llevarme, Dios les castigaría con enfermedades, etc.; que les daba un día de tiempo para deliberar y exabrupto fuí.

*Día 5.* Todavía no viene Carlos, por más que se le

(1) Como yo entonces no sabía si había alguno sobre el Cacique Carlos, no le pude entonces echar en cara la gran mentira que acababa de decir.



llama, único que podría contrarrestar la influencia de esos viejos. Los mozos sí, se portan bien y rezan y cantan con fruición.

Hoy trajeron un tortugón espantoso. La pesca de la tortuga tiene á los más de los indios entretenidos. Ponen una red rectangular de unos 20 metros de larga por tres ó cuatro de ancha: un ángulo átanlo á un palo de balsa muy liviano, el ángulo correspondiente en la misma línea, átanlo á una tortuga hecha también de palo de balsa que se llama tortuguilla, que representa la hembra. Ese lado de la red queda pues á flor de agua, suspendido de la tortuguilla, por un extremo y del palo de balsa por el otro, el lado opuesto recalca dentro del mar. Viene el macho, y aun hembras, á jugar con la fingida hembra ó tortuguilla, con lo que se enreda por poco que se descuide la verdadera tortuga en las zambullidas que da con la tortuguilla. Al principio no se da por entendida, y siguiendo el juego, sigue el enredo, hasta que le es imposible el menearse. Cada mañana visita el indio sus redes, hasta que ve que las dos tortugas enredadas flotan junto al palo, que como barca está fijo por el peso que por el ángulo de bajo del palo, á modo de áncora, lo tiene sujeto. Así ya, todo el punto está en subir al cayuco patas arriba al animal, como una caldera, quitándole la acción de sus remos. Llevada á tierra de alguna isla vecina, la desenredan, le amarran las patas ó remos, y á casa, tocando de alegría por la presa un gran caracol. Si el indio tiene necesidad de carne, tiene que ir á una islita como á diez minutos de la casa, donde destroza el animal sofocado ó muerto de hambre, pues las mujeres no han de ver sangre, porque si la ven dicen se les alborota á ellas, y además les da asco de comer la tal carne (1). Pero si el indio no necesita carne, ante su casa enciende mechones de heno que aplica á cada escama, y va así con el calor y con el cuchillo desconchando el *carey*, teniendo al animal amarrado. Este, durante la dolorosa operación, de tanto en tanto fatigosamente y sorbiendo aire con sordo ruido, levanta la cabeza y ojos abiertos al cielo y abre la boca para respirar fuertemente, dejando de nuevo caer la cabeza de golpe en el suelo. ¡Tipo de paciente sufrimiento! Descascarado así el animal, lo suelta el indio y fatigosamente se dirige con sus remos hacia el agua; parece huelan el agua aunque no la vean; llegado al mar, como una flecha, se desliza para ordinariamente ser pasto de otros peces, pues va ya

(1) Hoy ya matan las tortugas y otros animales, pues en estos cinco años con tanto viaje de los indios á poblado se han dado más á comer carne y se les ha pegado el apetito á las mujeres, aunque á las veces se muestran éstas refractarias á esa comida.

sin defensa. Algunas veces viven, pues se vuelven á pescar tortugas descascaradas.

Lo gracioso es que quienes tan cruel operación hacen, tienen horror, v. gr., de matar un cerdo, y dicen que los *huacas* son unos sanguinarios y bárbaros que derraman y sacan sangre de los animales al matarlos. Cierta día, andando el tiempo, me trajeron de regalo un pedazo de cerdo. ¡Ola! ¿y este cerdo quién lo mató? —Nadie.—Pues ¿cómo traes este pedazo?—Lo hemos ahogado, pero no matado.—Es que por el horror á la sangre que dije, ataban en esos tiempos el cerdo á la popa del *urkagolo* y arreaban por el mar, hasta que al infeliz le entraba el agua por donde los naturalistas saben y fenecía ahogado. Por el horror á ver sangre, quemaban á fuego lento á las personas mayores ó sepultaban vivos á los infantes, como se dirá.

Volviendo á las tortugas; el modo dicho es uno para cogerlas. Otro es que los animalitos van á las orillas arenosas á buscar sitio para su desove. Encontrado cavaban y se sientan cabeza recta arriba, y mientras ponen sus cuarenta ó más huevos, bien pueden venir á cogerlas, que no se han de menear de la operación. Si felizmente nadie las incomodó, sepultan los huevos con sus remos, y después de pasearse en todas direcciones para despistar las huellas, y después de entrar y salir varias veces del mar para señalar varios y confusos derroteros, se va para volver en día fijo, creo que son quince, mientras el cazador que logró ver, v. gr., la última operación vuelve el día fijo á esperarla: y si sólo ve las huellas, pero no sabe el día, se toma la molestia de esperarla algo oculto. Lo mejor es esperar que se vuelva á sentar, pero si ya el indio cogió el nido, arremete con ella para que no se le escape viéndose descubierta. Los huevos tienen tanta comida como los grandes de gallina, pero la cáscara es una bolsita esférica flexible y dura que se abolla como pelota floja de goma y sola se rasga. La clara resiste algo al fuego y así tarda más que la de los huevos de gallina para freírse. La yema grasienta es arenosa. Cuando las tortuguitas salen del cascarón, dicen que ellas mismas abren brecha por entre la arena y unas tras otras se dirigen al mar, quedando Dios de padre y madre que críe y favorezca estos animalitos. A veces cogen de esas tortuguitas los indios para recreo de sus niños, pero las tratan con gran consideración porque, en gran barreño de madera, les cambian el agua cada día y les dan de comer, y cuando van creciendo ó se cansan de tenerlas las sueltan en el mar para que críen.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).





## CHINA.—LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

Continuación de los sucesos del 9 de Julio.—El holocausto

A eso de las cuatro de la tarde, Iu-sien, vestido militarmente, á lo tártaro, montaba á caballo, y con su escolta de esbirros y soldados dirigióse, al parecer, hacia la parte occidental de la población, fingiendo una inspección de los muros y de la fábrica de armas; pero en realidad pensando hacer una visita á las cárceles y comenzar la matanza de los ilustres prisioneros, obispos, sacerdotes, religiosos franciscanos, misioneros y cristianos en ellas encerrados. En efecto, pronto terminó la fingida inspección para en seguida encaminarse á las cárceles. Primero visitó los protestantes, y sin previo saludo á los prisioneros gritó á los suyos: «Adentro y prendedlos.» Como observara que algunos de los soldados vacilaban en el cumplimiento de orden tan severa, loco de ira vociferaba como un energúmeno: «¿Qué hacéis? Entrad y arrastradlos fuera.» En el momento en que los soldados se precipitaron sobre los protestantes, éstos dispararon sus revólvers, entablándose violenta lucha sazonada con la estridente gritería de las mujeres; pronto empero fueron vencidos y atados fuertemente y sin compasión. Conocieron los nuestros que *la hora* se aproximaba; el venerable anciano Ilmo. Grassi llamó á su coadjutor Ilmo. Fogolla, sacerdotes, religiosos, seminaristas y cristianos, mandóles se arrodillaran; díjoles dos palabras de consuelo y fortaleza y dióles la santa absolución; luego, puesto también él de rodillas y recibida también la absolución de sus faltas, esperaron en aquella humilde postura, tranquilos y sin inmutarse, á sus verdugos. Nunca el hombre es tan grande como cuando se encuentra de rodillas hablando con su Dios y Señor; así es que los verdugos hubieron de maravillarse y quedar estupefactos al encontrarlos en aquella humilde postura, recogidos en profundo y pacífico silencio, moviendo débilmente sus labios á la oración. Uno de aquellos bárbaros, corazón de hiena, abalanzándose contra el Ilmo. Fogolla, dióle tan tremendo golpe entre cuello y espalda, que el Obispo cayó en tierra sin sentido; el Ilmo. Sr. Grassi y sus compañeros fueron también maltratados y finalmente atados como temibles criminales entre continuas maldiciones y no interrumpidas groseras imprecaciones. Uno de los familiares de la residencia, ayudante del P. Procurador, providencialmente logró escaparse del estrago, escondiéndose detrás de una puerta, donde pudo permanecer sin ser observado hasta la media noche, en que pasando de tejado en tejado consiguió ponerse á salvo, y sin ser de nadie conocido ser fiel testigo del glorioso martirio. Según este autorizado testimonio y el de la huérfana María Pía Ku, los prisioneros salieron en ordenada fila, primero los señores Obispos, luego los sacerdotes, detrás las Franciscanas Misioneras, que en tan duro calvario tuvieron harto que sufrir de la grosería y desenfreno de los esbirros, que teniéndolos de los brazos, los llenaban de improperios y maldiciones; finalmente, los seminaristas y cristianos cerraban esta triste procesión de futuros mártires. Una vez en el tribunal,

presentóse el terrible Iu-sien con su séquito de autoridades, chorreando por todos sus poros altivez y soberbia, ira é indignación, odio y crueldad, y dirigiendo una feroz mirada al Ilmo. Sr. Fogolla, le pregunta: «¿De dónde eres tú?—Soy de la gran Francia, respondió sin inmutarse el digno Obispo (1).—¿Y á cuántos de entre mi pueblo has engañado durante tu permanencia en China?—A ninguno, respondió con noble entereza el Obispo; antes al contrario, hemos derramado por toda la provincia beneficios y favores á manos llenas, sin distinción de personas, ni clases, ni condiciones, á todos hemos hecho bien, lo mismo á cristianos que á infieles...—Ya, ya, interrumpió el gobernador loco de furor, ya, ya», y sin más le dió tan tremendo puñetazo que le hizo caer en tierra. «Cogedlos, gritó en su locura aquella fiera humana, cogedlos y matadlos á vuestro gusto.» Entonces fueron todos indignamente arrastrados fuera del tribunal, y entre horribles tormentos vilmente asesinados por aquellos espadachines ebrios de sangre cristiana y europea. Era indescriptible la vocinglería y el infernal tripudio que se sucedía mientras con sus viejas espadas herían, ya á una, ya á la otra de las víctimas. Los primeros en caer parece fueron los dos Obispos y las últimas las Religiosas, con las que se cometieron actos de obscenidad, superstición y crueldad especiales. Cuéntase que durante la horrible carnicería y hecatombe, amedrentado un pobre joven pagano dió por correr á toda prisa, y viéndolo los verdugos lo alcanzaron á los gritos de «al cristiano, al cristiano que se escapa», y de un golpe le cortaron la cabeza. Tanto era el odio á nuestra divina Religión que á aquellos malvados animaba.

La noticia de la sentencia dada contra los europeos y cristianos atrajo á la ciudad inmensa muchedumbre de paganos, especialmente de los sectarios boxers, que se embriagaban de júbilo ante tan extraordinario espectáculo y sangrientas escenas. Muchos de aquellos paganos, presentes á la ejecución de los gloriosos mártires, cuentan hoy la horrible gritería, la tumultuosa y horrible confusión, el infernal tripudio de la ebria plebe de los boxers que, cual si fuesen poseídos del diablo, se agolpaban alrededor de las víctimas para llenarlas de inmundas y groseras imprecaciones. Y en el entretanto los héroes de la fe de Jesucristo se inmolaban invencibles á la ferocidad é ira infernal del tirano, y con el corazón inundado de júbilo al morir por el dulcísimo Jesús, Redentor del mundo, y bañados en su propia sangre subían al cielo á recibir la palma de los mártires, y unidos al coro de los gloriosos confesores de la fe, ser desde aquellas alturas protectores especiales de la Misión del Shansi, en la que durante tantos años habían sufrido fatigas é incomodidades sin cuento por la gloria de Dios y propagación de nuestra immaculada, divina

(1) Era italiano, pero como los misioneros católicos llevamos todos el pasaporte francés, había de responder, como respondió, que era francés.



Religión. Terminada la *carnicería*, los cadáveres fueron despojados y profanados con acciones indescriptibles; las cabezas de los señores obispos y sacerdotes, colocadas en largas lanzas, fueron expuestas á la puerta de la ciudad *ad exemplum iniquitatis et terroris*, y allí permanecieron hasta el mes de Octubre, en cual fecha, como la Emperatriz, fugitiva de Pekín, se refugiaba en Tae-yuan-fu, no se quiso que el *piadoso y tierno corazón* de la madre de los celestes, sufriera con tal indecente espectáculo. Lo restante de los despojos mortales de los santos mártires fueron amontonados en una fosa dentro de la ciudad, mas á los tres días, temiendo que de la putrefacción de tantos cadáveres sobreviniese la peste, el indigno gobernador hizo trasladarlos y sepultarlos fuera de la ciudad. Más tarde, y por orden del gobernador de Pekín, se erigió en dicho lugar un monumento á la memoria de los gloriosos mártires de Jesucristo, con una inscripción latina que termina así: «Quorum cadauera, E maenii civitatis dejecta, Ibidem aliquandiu inhumata manserunt. Donec jussu Praesidis, Honeste sepulta sunt.»

Poco satisfechos aún con la sangre derramada, aquellas fieras humanas precipitáronse á la destrucción de la iglesia y al saqueo de la Residencia, donde se imaginaban tesoros con los que en un momento habían de hacerse ricos. Mientras los satélites de Iu-sien se apoderan de los pocos servidores que con el intrépido mandarín cristiano Li-fru habían quedado para la custodia de la residencia, la plebe loca y tumultuosamente acomete, roba, saquea y destruye cuanto á las manos le viene; los graneros, en los que con motivo de la carestía de aquel año se habían hecho provisiones para las huérfanas y para los cristianos y aun para gran número de famélicos paganos, desaparecen en un abrir y cerrar de ojos; arrancan los ladrillos de las celdas y habitaciones, cavando á gran profundidad, buscando inútilmente los tesoros que en ellas se imaginan sepultados; finalmente, se da fuego á la iglesia y se incendian el orfanotrofio y el convento de las monjas.

¡Horror causa el pensarlo, cuanto más el referirlo! La turba salteadora, ebria de furor, daba al día siguiente el más burlón y sacrilego de los espectáculos. Quien revestido de pluvial, quien de casulla ó estola y otros sagrados ornamentos, corrían por la ciudad con la aquiescencia y júbilo de las autoridades, blasfemando horriblemente y escarneciendo el nombre cristiano. Ni quiero detenerme á referir el triste final de estos sucesos y los indignos usos á que se destinaron los objetos del divino culto. Baste decir con el autor de un «Diario de la persecución en el Shansi», que las estolas se emplearon para adornar los pies de las mujeres, que con los pluviales se hicieron vestidos de hombre, y de los trajes y hábitos de las monjas calzado para los soldados.

El gobernador Iu-sien, satisfecho en cierto modo del *trunfo*, daba cuenta de los sucesos al Emperador Koang-siu en la siguiente carta, cuyo original se conserva en los archivos de la Misión. «Respetuosamente escribo, rogando á V. M. se digne enterarse de la presente relación. Los misioneros de esta Provincia del Shansi, desde hace algún tiempo no cesaban de engañar, alucinar y conmover al pueblo pacífico. El estado

de los ánimos no podía ser más violento, las maquinaciones de los europeos aumentaban día por día, tocaron al extremo de la avilantez y atrevimiento. Intranquilo por tal estado de cosas, llamé á mi tribunal á todos los europeos de la ciudad, y ordené que de día y de noche fuesen diligentemente custodiados. En la residencia de la iglesia católica se hallaron no menos de 211 personas del sexo débil, algunas de las cuales son, es verdad, ancianas ya; otras de cinco á seis años, pero muchas de entre ellas cifraban entre quince á veinte ó treinta años de edad. De ello se desprende las torpezas á que se dedicaba esta gente, y su execrable brutalidad en la violación de ingenuas criaturas. Dichos europeos agitábanse vehementemente, envenenaron las aguas de la ciudad..., toda la población vivía en continua ansiedad y horrible pánico. Yo, vuestro esclavo, el día 13 de la luna sexta (9 de Julio), con algunos soldados me dirigía al lugar donde se encontraban los europeos para personalmente prenderlos. Ellos osaron ofrecer violenta resistencia á mi autoridad, mas yo, vuestro esclavo, con inminente peligro de la vida, hube de lanzarme á ellos, seguido de algunos soldados, de los más valientes é intrépidos (1). Los europeos, entre grandes y pequeños, hombres y mujeres, eran 44; los cristianos, reos del mismo delito, 17; todos los cuales, presos y atados cual convenía, fueron conducidos á la plaza pública frente al tribunal, é inmediatamente fueron condenados á muerte y ejecutados para la tranquilidad pública. El mismo día, la iglesia y residencia de los católicos, fueron saqueadas y quemadas, de suerte que ya no queda vestigio de los europeos y cristianos en esta ciudad de Tae-yuan-fu. Mas como en el resto de la Provincia quedan aún numerosos cristianos, partícipes de los crímenes de sus maestros, enemigos de nuestros dioses, traidores á la Patria, he ordenado á mis subordinados que todos ellos se pongan presos y que sean condenados á la misma pena. A los pies de V. M., etc. La luna IV, día 14, año XXVI del Emperador Koang siu (10 de Julio)...» Si se recuerdan los sucesos que en mis anteriores escritos dejo narrados, fácilmente se comprenderá toda la falsía y engaño de la hipócrita carta que acabo de transcribir. El odio á nuestra divina Religión cegaba al indigno Iu sien y quería acabar con el cristianismo en su Provincia. Bien palpablemente lo demostraba en otro decreto, publicado tres días más tarde, en el cual hablaba de las artes mágicas empleadas por los europeos para propagar la Religión, y engañar y alucinar al pueblo con manifiesto detrimento de las *cinco relaciones* (todo principio moral), y exhortaba á los cristianos á abandonar sus necias doctrinas, prometiéndoles protección y amparo si así lo hicieran, ó condenarles á la inevitable pena de muerte si perseveraban fieles á sus sentimientos religiosos.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA, O. F. M.,  
Misionero Apostólico.

(Continuará).

(1) Se refería á la resistencia ofrecida por los pastores protestantes; los nuestros no tenían otra arma que el crucifijo y los ojos en el crucifijo, y rodillas en tierra esperaron al verdugo.



## TURQUÍA

## LOS ULTIMOS INSTANTES DE UNA SULTANA

## I

**E**RÍA y oscura estaba la noche. Negros nubarrones, que en su veloz carrera semejaban monstruos alados, se cernían sobre el firmamento, obscureciendo con sus tinieblas la hermosura de ese cielo, que en noche clara y serena no parece sino bellísimo campo sembrado de rubíes y esmeraldas. Los vientos del Mar Negro cayendo sobre el Bósforo soplaban con redoblado furor, y Constantinopla estremecíase ante su furia. Todo era silencio y soledad. Nadie transitaba por sus espaciosas calles, ni un alma se veía por sus hermosas plazas. Sólo se oía el silbar del viento, que deslizándose por las rendijas de las ventanas semejaba á plañidos lúgubres de almas en pena.

Este silencio imponente, esta soledad y esta furiosa lucha de los elementos que tenían amedrentados los corazones más valientes, habían sumido al P. Crisóstomo, guardián del convento de Capuchinos de Constantinopla, en la más profunda meditación. Postrado en su celda á los pies de Cristo crucificado, al oír el mugido de la embravecida mar, y al sentir la furia con que el viento batía, no sólo las humildes casas de los labriegos, sino los magníficos palacios del poderoso, su pensamiento le llevó á presenciar esa otra tormenta más terrible suscitada en el corazón del hombre por el desencadenamiento de las pasiones, y al contemplar cuántos de ellos sucumbían víctimas de su furor, con los ojos llorosos suplicaba al Altísimo clemencia y piedad, al mismo tiempo que estrechándose con el crucifijo y besando aquellas preciosas llagas, pedía por aquella sangre y por aquella muerte misericordia para el pecador. Abismado en esta oración se le pasaban sin sentir las horas de la noche, cuando el argentino son de la campanilla de la portería vino á sacarle de su abstracción. ¿Quién será? ¿Quién puede llamar á estas horas y en noche tan tenebrosa?

Bien pronto salió de dudas. El portero, pálido, tembloroso, se presenta ante su presencia acompañado de dos jenizaros: inclínanse reverentes y uno de ellos adelantándose le entrega un firmán. Tómallo el Padre y conforme va recorriendo sus líneas, un ligero temblor corre por todos sus miembros y una agradable sorpresa embarga su alma. Sin decir una palabra sale de la celda, baja á la iglesia, cae á los pies del Sagrario y de sus labios se escapa un himno de acción de gracias al Señor. Después se presenta ante los jenizaros, que impacientes le esperaban, y acompañado por ellos pasa las solitarias calles, dirígenle al puerto de Pera, saltan sobre la embarcación que les aguarda y la que al poco tiempo se pierde entre las sombras de la noche.

## II

En una cámara, suntuosamente decorada con ricos y lujosos tapices orientales y perfumada con agradables

esencias, yacía sobre el lecho del dolor una mujer, presa de los más vivos sufrimientos. Tendría unos sesenta años, y á pesar de los estragos que causa la vejez, era extremadamente hermosa y de una finura de rasgos admirables. En la palidez de su rostro se leía que los instantes de aquella existencia tocaban á su fin. Una araña suspendida del techo y candelabros, donde algunas bujías esparcían tímida y rosada luz, daban una claridad suficiente para ver lo que pasaba en aquella silenciosa estancia. Cerca del lecho un médico, vestido al estilo griego, consultaba frecuentemente el pulso de la enferma.

A algunos pasos más lejos se veía á una persona sumida en el más profundo y penetrante dolor. Contaría unos treinta años. Su talla era mediana, y una frente noble y elevada, una barba negra y singularmente bella y unos ojos donde se descubría el hábito del mando, daban á su figura un aspecto grave é imponente. Su porte era sencillo, aunque de una rara elegancia. Suspiros y sollozos, que no podía contener, daban á indicar las angustias y torturas que padecía su alma.

Era ya media noche cuando un ligero ruido de pasos se escuchó en la antecámara. Un negro se acerca, é inclinándose hasta la tierra:

—¡Señor, dice, ya está ahí! ¿Puede entrar?

El príncipe, pues tal era el personaje aludido, hizo una señal afirmativa, y el P. Crisóstomo entró donde estaba la sultana.

El Sultán, á quien en estas tierras todos obedecen con ciega sumisión, con una nueva seña mandó salir á todos los asistentes, y acercándose al lecho de la moribunda:

—Madre mía, dice, ¿queréis morir en la Religión de vuestros padres? Hágase como lo deseáis. ¡Aquí tenéis un sacerdote católico! Y salió de la estancia.

Un rayo de felicidad brilló en los ojos de la enferma, casi apagado por la muerte. Incorporóse sobre su lecho y por espacio de una hora larga el P. Crisóstomo estuvo recibiendo la confesión de sus culpas y su arrepentimiento. Dulces lágrimas se deslizaban silenciosas por los semblantes de ambos, y que cual perlas preciosas debieron ser recogidas por los Angeles de la guarda para presentarlas como ofrenda de contrición y arrepentimiento ante el trono del Señor.

Cuando el Sultán penetraba en la cámara el sacerdote depositaba sobre los lívidos labios de la moribunda penitente la Hostia santa. En este momento supremo el augusto y único testigo de escena tan tierna y edificante, cayó sobre su rostro en tierra invocando á Alá.

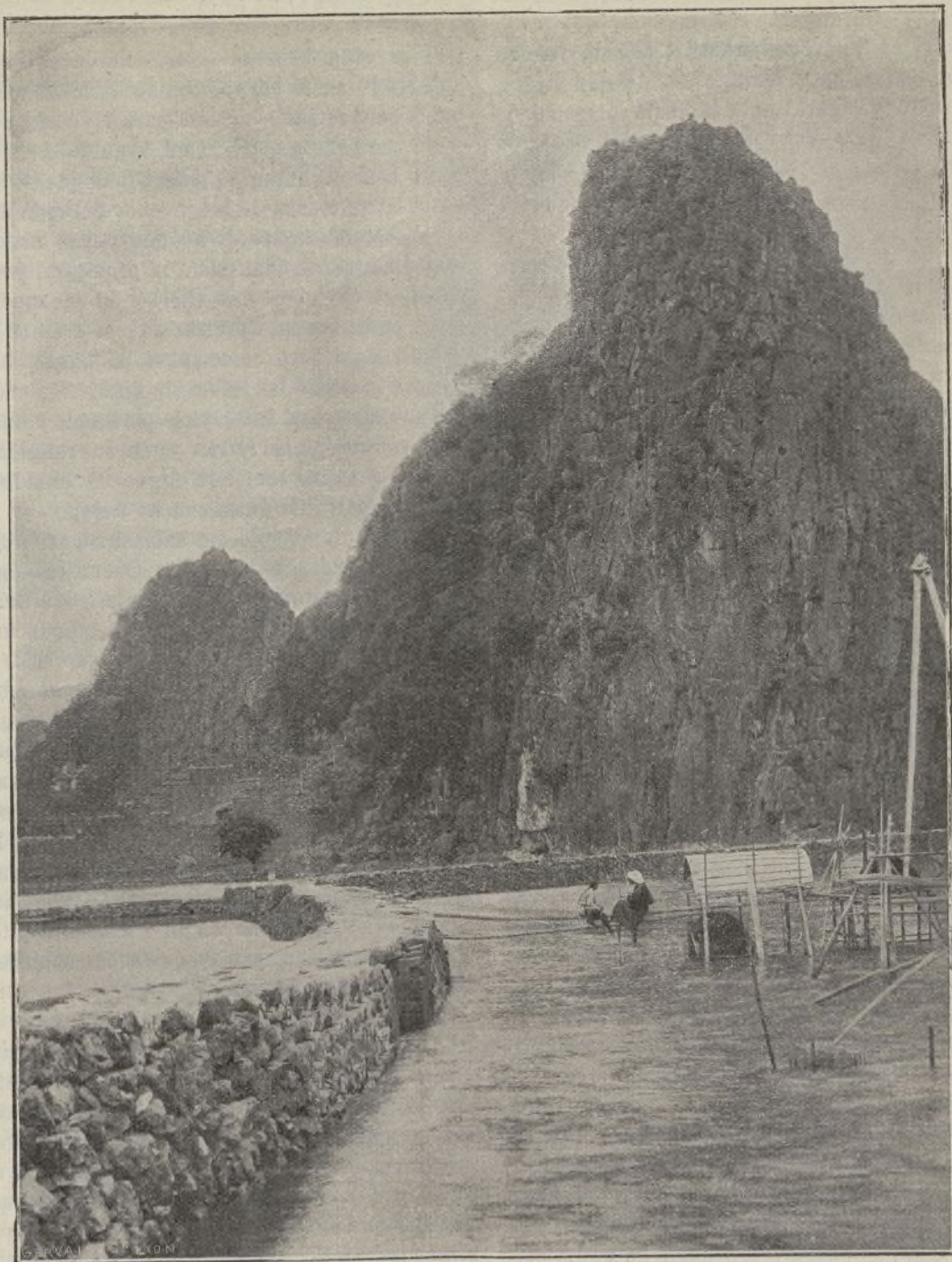
## III

La desaparición brusca y silenciosa del P. Crisóstomo se extendió bien pronto por la barriada donde estaba el Convento. En Pera y en Gálata no se hablaba



de otra cosa, haciendo mil comentarios á cuál más absurdos. Unos decían que el buen Religioso había sido encerrado en el castillo de las siete Torres, y otros, yendo más lejos, aseguraban que había desaparecido de una manera trágica. Impacientes algunos por saber

lla, hacia el año 1783, para ir á juntarse con su familia en la Martinica. Capturado el buque por piratas musulmanes, la condujeron á Constantinopla, en donde el Sultán Abd-ul-Hamid la llevó á su harén y la hizo su favorita. Dos años más tarde, en 1785, daba á luz un



CHINA.—En las orillas del Pe-Kiang ó Río del Norte

Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais

la verdad, se dirigieron al convento y ¡oh sorpresa! encuentran al Padre en la iglesia prostrado al pie del Altar. Solo con Dios y ajeno á cuanto á su alrededor pasaba, el P. Crisóstomo, con los ojos anegados en llanto, rogaba por el eterno descanso del alma de la ilustre pecadora francesa Aimée du Buc de Riory, madre del Sultán Mahomed.

*Nota.*—Madame Aimée du Buc de Riory, á los diecisiete años de su edad, se había embarcado en Marse-

niño, que fué el Sultán Mahomed II, que murió en 1839, dejando dos hijos, Abd-ul-Medjid y Abd-ul-Hamid. De modo que el Sultán Mahomed V y Abd-ul-Hamid son nietos de una francesa de la Martinica, que por un capricho de la fortuna y de un sultán pasó de humilde doncella á sultana de Constantinopla.

P. la T.,

FR. FERNANDO DE PAMPLONA.



## CHINA

## BAUTIZO EN UNA PAGODA



**E**XISTE en Siao-che una bella pagoda que fué el teatro, hace pocos años, de una fiesta, como no seguramente la había presenciado jamás. Pero dicha fiesta no fué en honor de los diablos ni diablesas del lugar; al contrario, fué para ellos la rabia y la vergüenza de la derrota.

La ilustre y única boncesa que les servía desde largo tiempo en dicha pagoda, fundada por la familia de ella, estaba agonizando y el infierno la esperaba con impaciencia, pues era una endiablada. Pero mientras que los genios infernales, en compañía de los cuales había pasado su vida, la preparaban un puesto de honor, ella en puertas de la eternidad, era tocada de la gracia y se escapaba de sus uñas para volar al cielo.

Antes de hablar de los últimos momentos de esta boncesa, contemos su vida en pocas palabras. Hija muy querida de su madre Cheun-tchang-che, estuvo á punto de morir á la edad de tres años. Su madre entendía algo en medicina, y además era ferviente adoradora de Budha y creyente convencida de todas las supersticiones de la secta. Apuró, pues, los medios farmacéuticos é idolátricos para salvar á su hija. Sin embargo, ésta iba de mal en peor. La madre, desesperada, la ofreció á Budha, para servirle hasta la muerte... Y la niña curó y fué sacerdotisa de Budha hasta el fin de su vida... ó poco antes.

La familia, honrada y rica, no quiso entregar á su hija á una boncería de mujeres. Se quedó en su casa y vistió el hábito de boncesa; su madre fué su maestra de ceremonias, y la instruía en la liturgia budhista.

La niña creció así, bajo la vista maternal, estuvo vigilada con gran cuidado y preservada de los peligros que su profesión le hubieran acarreado en una boncería. Dejémosla crecer en paz.

Durante este tiempo la señora Cheun, que había tenido la suerte de curar á varias damas de alto rango, fué llamada á Pekin para cuidar á la esposa de un mandarín. ¿Qué hacer? ¿Partir sola dejando á su hija? Imposible. Esta tenía entonces veinticuatro años. La madre escribió que no podía dejar á su hija.

—Bien, contestó el mandarín, véngase con ella, la joven boncesa podrá educarse mejor en la capital.

Un magnífico coche con los colores imperiales, enviado por el mandarín, que era de la familia del Emperador, vino á buscar á la doctora y á su hija. Llegada á la capital, la señora Cheun no quiso hospedarse en casa del mandarín, y pidió hospitalidad á una rica boncería, á donde fué conducida por dos damas de la familia mandarina, lo que valió á las extranjeras muchos honores y obsequios. Todos los días una silla de manos iba á buscar á la doctora, la que acudía á prodigar sus cuidados y supercherías á la ilustre enferma, y por la noche la volvía á la pagoda.

Y la joven boncesa ¿qué hacía durante este tiempo? Quedábase en la pagoda con su hermana mayor, la cual había renunciado á casarse para vivir con ella y servirla de compañera, y la había seguido á la capital. La joven boncesa entonces no era más que novicia y llevaba la larga trenza de las jóvenes del mundo. Gracias á las recomendaciones de las dos damas mandarinas, fué inmediatamente admitida á la profesión, y su magnífica cabellera cayó bajo las tijeras de la superiora. Hela aquí, pues, boncesa profesa. Tiene treinta compañeras de su rango: pero como sabía las letras chinas, la superiora la confió las llaves de diferentes oficios y la dió dos novicias para su servicio personal, y ella continuaba el estudio de las letras y de su religión. Era muy querida y su porvenir era digno de envidia: pero esta felicidad no debía durar mucho tiempo.

La gran dama enferma habíase repuesto gracias á los buenos cuidados de la señora Cheun-tchang-che. Esta comprendiendo que su estancia allí era inútil, declaró que deseaba volver á su casa. El mandarín, para recompensar sus servicios, la ofreció ricos presentes, pero ella los rehusó. El mandarín llamó entonces á sus hijos, y según costumbre muy frecuente en China, les hizo reconocer á la señora Cheun, como madre adoptiva. De una y otra parte se declararon satisfechos y la marcha fué decidida. En cuanto á la joven boncesa, había adquirido una familia adoptiva en Pekin. Sus nuevos parientes lograron de la madre que la dejase algún tiempo más en la capital para continuar sus estudios y adquirir más amplios conocimientos. Así se acordó, y la hermana mayor quedóse con ella, mientras que la madre volvíase á Siao-Cheun.

La hermana mayor, durante su estancia en la capital, se había hecho amiga de la hija de un mandarín. Este, que murió desempeñando el cargo, dejó á su hija sin apoyo; sin embargo, poco después casó con un mandarín llamado Tsuo-tsuenn, que fué nombrado tao-tai ó prefecto de Shensi. La recién casada, al marcharse, quiso en absoluto llevarse con ella á su antigua amiga. La cual no pudiendo declinar este honor, partió para el Shensi con la prefecta. Aquella la dijo un día:

—Tengo una pena.

—¿Qué es?

—En nuestra casa de Siao-che vive sola mi hermana la boncesa. Nuestros padres han muerto; estará muy triste y no tiene pagoda en que habitar.

—Hazla venir.

Coche, escolta, dama de compañía, todo fué enviado de cuenta del prefecto, en busca de la boncesa de Siao-che, cuya edad era entonces de 35 años.

El prefecto, comprobada la exactitud de los hechos, le ofreció la hermosa pagoda de Tai-iuen-fu. Pero ella la rehusó diciendo que quería volverse á su país. Porque la boncesa sólo había permanecido seis meses en la pagoda de Pekin, y desde entonces vivía con su fa-



milia, la cual la dejaba ocuparse de sus supersticiones. Su anhelo era reconstruir la arruinada pagoda de su pueblo natal.

El prefecto Tsuo-tsuenn entregó á las dos hermanas 1,800 onzas de plata para reconstruir la pagoda en Siao-che. Estas 1,800 onzas de plata equivalían entonces á unos 10,000 francos. Con esta suma, en este país puede construirse una pagoda de las mejores. La boncesa dedicó dicha cantidad íntegra á su piadosa obra, construyó la pagoda y se instaló en ella con toda su familia. La pagoda fué abierta al culto, pues la boncesa había jurado fidelidad á Budha hasta el fin de su vida.

Esto pasaba hace veintiocho años. En todo el país se hablaba de la nueva pagoda de *Siao-che*. Era la gloria de la familia Chenn. Pero sobrevino un suceso que no podía ser más opuesto á estas glorias paganas.

En tanto la boncesa quemaba su incienso, se prosternaba y extasiaba ante sus ídolos, su hermana menor, casada en *Mung kia-koan-tchoang*, se convertía al Catolicismo con toda su familia. Esto fué como un puñal clavado al corazón búdhico de la boncesa. Entonces se mostró endiablada de veras la boncesa de *Siao-che*. Soliviantó á todos los parientes paganos contra la cristiana de Koan thoang. Cuando su hermana, su cuñado y sus tres sobrinos iban á *Siao che*, en vez de las palabras de amistad de otras veces, caía sobre ellos una avalancha de reproches. La cristiana de *Koan tchoang* era una mujer inteligente. Dejó pasar el primer empuje, los primeros años de persecución religiosa sin decir nada, pero sin retroceder. Uno de los sobrinos de la boncesa debía ingresar en el colegio; ella se opuso. Para darle gusto aplazaron la entrada.

Andando el tiempo vinieron las explicaciones. Al fin dejaron á la cristiana en paz: la querían y escuchaban sus explicaciones sobre religión. Convirtió á su hermano, á sus dos sobrinos y á dos de sus hermanas. La boncesa resistía siempre. Sus dos sobrinos y sus dos hermanas fueron bautizados; el hermano estudiaba la doctrina. Y cuando la boncesa se prosternaba ante Budha, en la sala vecina se rezaba al verdadero Dios. Pero la boncesa no era ya tan endiablada; mujer de talento, gustaba de leer nuestros libros de Religión. Los parientes la exhortaban á declararse cristiana. «No, decía, es un asunto muy importante, quiero estudiarlo bien: esperad.»

Su hermana de *Koan thoang* se trasladó á *Fun kia-kala* con toda su familia; el mayor de sus sobrinos es mi catequista. Hace cinco años, durante un viaje en que él me acompañaba, pasé por delante de la pagoda en cuestión, y entré á ella para visitarla y conocer á

sus habitantes. Al salir encontramos á la boncesa que entraba; una sonrisa mística iluminó su semblante rugoso y envejecido, y su saludo pareció decirnos que la paz era definitiva. Su sobrino me dijo: «Su conversión está decidida, sólo falta oportunidad.»

Esta oportunidad la deparó la Providencia. La boncesa cayó gravemente enferma. Desesperando de salvarla se avisó á la familia.

Su hermano, aunque no bautizado, pero catecúme-

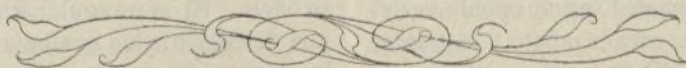


CHINA.—Un paisaje del Kuang-Tong.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais

no, la exhortó al bautismo, y logrado su consentimiento se lo administró. Su hermana y sus hijos corrieron á su lado para asistirle en sus últimos momentos. Muchos amigos cristianos de los alrededores de *Siao che* acudieron también. Un bachiller cristiano le reiteró el bautismo *sub conditione*. Su hermana la exhortó á la contrición y al perdón de las injurias, pues estaba reñida con un sobrino lejano. Ella consintió en todo con gran convicción y en pleno conocimiento. «Creo en un solo Dios todopoderoso; Dios, Padre bueno y misericordiosísimo, tened piedad de mí; Jesús, salvadme; María, socorredme.»

Tales eran las invocaciones que repetía sin cesar. Como la voz fuese apagándose, calló unos momentos, y luego dijo á su hermana: «Cuando no puedo hablar, las repito con el corazón.» Durante dos días las súplicas y oraciones no cesaron un momento en la pagoda de *Siao-che*. Los diablos no encontraron un instante de descanso que les permitiera acercarse. En presencia de paganos y cristianos entregó su alma al Señor en la mayor paz, sin agonía ni dolor. Fué una alegría grande en el cielo ver llegar aquella alma que del vestíbulo del infierno entraba en la eterna felicidad.

JULIO BATAILLE, S. J.





## LOS HERMANOS COREANOS

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE COREA

POR EL P. JOSÉ SPILLMANN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)

**L**A-MEN, de acuerdo con la joya de su hijo, que á la sazón tenía dieciocho años y había obtenido el empleo de oficial de policía á las órdenes de su padre, le dió á éste el encargo de prender al maestro de escuela King, á quien el joven La-men había jurado sangrienta venganza por los castigos que había recibido de él, y sobre todo por la corrección que le impuso cuando se celebró el Hoan-kap del difunto gran mandarín. Fué, pues, una satisfacción para este malvado el encargo de su padre, y poseído de salvaje alegría salió á la cabeza de un piquete de soldados, decidido á apoderarse de su antiguo maestro. «¡Vamos, dijo á los soldados, á la casa de campo de Yn! A estas horas está allí el necio del maestro, pues celebran los cristianos su diabólico culto con cánticos y oraciones: veremos la cara de imbéciles que ponen cuando nos presentemos inesperadamente.»

La-men estaba bien informado. Numerosos cristianos se reunían todas las tardes en la casa de campo de Kim, pues era llegado el santo tiempo de Cuaresma, y Pedro había leído en un libro de piedad que este tiempo está dedicado á conmemorar la Pasión y muerte de nuestro Salvador. Rezaban todos los días los misterios dolorosos del Rosario, y después leía Tomás King en voz alta algún pasaje de la Pasión de Jesús. El día á que nos referimos estaba leyendo el bueno del maestro la prisión del Salvador, cuando de repente se abrió con gran estruendo la puerta de la sala y el joven La-men entró seguido de hombres armados.

«Aquí tenemos, gritó, la reunión de gentes que insultan al divino Buda, conculcan la ley de Corea é introducen la abominable religión de los demonios del Occidente. Podría encadenaros á todos y entregaros al verdugo, y por mi gusto así lo haría, ¡por los demonios del infierno! Pero la benignidad del gran mandarín se contenta con uno solo de entre vosotros, para que todos veáis cuál será vuestra suerte y la de vuestras familias si no renunciáis á esas brujerías, volviendo á la religión del divino Buda. Como me llamo La-men, el verdugo tocará tan á compás, que todos habréis de bailar al son de nuestra ley, como veréis mañana que le sucede á mi amado King.»

Y diciendo estas palabras, asió de la barba al ofensivo maestro y le lanzó de la cátedra en que estaba leyendo el Evangelio.

«Te devolveré ahora, maestrillo, con usuras los golpes que me diste, y te encerraré en una jaula mucho más preciosa que aquella con que me amenazabas hace dos años. Atadlo y ponéle el kang. Y por de pronto recibe esto en pago de aquellos golpes.»

Diciendo esto, aunque el buen King no oponía resistencia á los verdugos que le encadenaban y le ponían al cuello el pesado kang, le dió tan cruel golpe en el rostro, que rompió á echar sangre por la boca y por la

nariz. Un grito de indignación se levantó de entre la sobrecogida multitud á la vista de aquella indigna acción. Algunos se adelantaron hacia donde estaba el maestro para defenderlo; otros, al contrario, retrocedieron aterrados, tratando de ocultarse en los rincones, y de buen grado habrían huido por las ventanas de la sala, si no hubieran estado custodiadas por hombres armados.

Entre los que se adelantaron valerosamente, hallábanse los dos niños Pablo y Jacobo, de doce y catorce años de edad respectivamente, los cuales echaron en cara á La-men su indigna conducta respecto de un hombre á quien sólo debía gratitud, y le pidieron que los condujera á la cárcel en compañía del maestro; pero él los rechazó con burlas y empujones, diciéndoles: «Tened paciencia: también tengo una cuenta con vosotros, y si no entráis pronto en razón, ya os llegará vuestro turno.»

Apuntó después en una hoja de papel los nombres de todos los presentes, se apoderó de la cruz episcopal de Pedro, que era de oro, y de su anillo, y de todo cuanto halló de valor, y salió de la sala burlándose de los cristianos. Por último, regresó á la ciudad con su presa, á la luz de las teas que llevaban los soldados. Allí fué encerrado el maestro de escuela en una de aquellas nauseabundas cárceles que el obispo Ridel nos pinta como lugares pestíferos, donde los cristianos se hallaban entre ladrones y asesinos.

«Como unos treinta, dice este obispo y confesor de la fe, hay allí encadenados noche y día, aunque todos están enfermos. Sus cuerpos se ven llagados á consecuencia de asquerosas enfermedades de la piel, y las llagas se les pudren; padecen hambre, y algunos llegan á enflaquecer hasta convertirse en esqueletos vivientes... No se omite medio de ir matando lentamente á los encarcelados. Ni siquiera se les permite gozar del sueño, pues durante la noche los despiertan los guardias golpeándoles con varas. Muchas veces oímos los golpes con que los carceleros ebrios afligían á los que ya estaban casi agonizando. El manjar consistía en una pequeña taza de arroz sin sazonar y en cantidad insuficiente, que reciben por la mañana y por la tarde; aun los que están sanos se convierten muy pronto en esqueletos. De vez en cuando veíamos sacar los cadáveres de los que habían muerto de hambre ó de enfermedad. Los enfermos no deben esperar medicinas ni tampoco mejor trato; á los moribundos ni siquiera les quitan las cadenas... ¡Y qué falsos, coléricos y crueles eran los carceleros! Yo los veí reírse mientras ejercían su oficio. El estrangular á un hombre era para ellos una diversión. Con cualquier pretexto atormentaban á los presos. Sin embargo, todavía hay hombres más depravados que ellos, como son sus criados, los verdugos



propiamente tales. Estos pinchan, pellizcan y golpean los brazos y piernas de los presos y se ríen de sus gritos de dolor y les atormentan todavía más con sus burlas. Sólo con verlos aparecer en la cárcel se llenan de terror los infelices presos. ¡Tan profundamente puede el hombre caer en la depravación y bestialidad!

Así describía aquellas prisiones el venerable obispo Ridel hace unos treinta años, y ciertamente no serían más tolerables en el tiempo á que nos referimos.

Esta era la suerte que esperaba á Tomás King. Aunque él no lo ignoraba, se dejó conducir á aquel lugar de martirio, en el cual según la costumbre de Corea había de permanecer quizá muchos meses, antes de ser conducido ante el juez.

Con lágrimas en los ojos miraban Pablo y Jacobo á los soldados que se llevaban á su amado maestro. «¿No os parece, decía Pablo, que se representa lo mismo que estábamos oyendo, que los judíos con hachas y picas conducen al Salvador, maniatado, desde el huerto de las olivas á la ciudad?»

«En efecto, respondió Jacobo. Preguntémosle á nuestra madre si debemos presentarnos nosotros ante el tribunal cuando King sea interrogado. Tú irás también, Pedro, como obispo que eres, ¿no es verdad? Y Juan y todos los demás.»

«¿Yo? dijo Pedro, á quien le había aterrado la amenaza de la prisión y del martirio. He de pensarlo. ¿En qué podemos ayudarle? Mejor será dirigir un escrito al gran mandarín y al rey, pidiendo que permitan practicar la religión cristiana, y que den libertad á King.»

Varios de los allí presentes asintieron á esta opinión, mientras que otros declararon valerosamente que comparecerían ante el juez, pues había llegado el tiempo de confesar con fortaleza al Dios á quien habían prometido fidelidad en el bautismo.

Así, en el momento de la proximidad del primer peligro, empezó á separarse el grano de la paja.

#### 10.—El primer mártir

Al día siguiente, más pronto que cualquiera esperaba, fué conducido Tomás King ante el tribunal de La-men. Con gran trabajo pudo andar el corto espacio que separaba á la cárcel del tribunal, pues toda la noche la había pasado echado sobre paja podrida con el kang al cuello. Pero estaba preparado al combate por medio de la oración, y se sentía fortalecido por la gracia. Multitud compacta y apiñada llenaba el gran patio del edificio del tribunal por donde atravesó, y otros muchos tuvieron que quedarse en la calle, pues la noticia de que al fin iba á comparecer en juicio un cristiano, había puesto en conmoción á toda la ciudad.

Los bonzos y sus partidarios recibieron al preso con maldiciones; pero un numeroso grupo de fieles, entre los cuales se hallaban sus discípulos Pablo y Jacobo, se había puesto en primera fila de los espectadores, y cuando King pasó por delante de ellos, le exhortaron á confesar varonilmente á Cristo.

«Rogad por mí,» dijo el confesor á sus amigos á media voz, y no tuvo tiempo para decir más, pues los soldados estrecharon las filas y le hicieron subir á un

tablado, desde donde los espectadores podían verle fácilmente. Un par de gradas más arriba había una esterilla y sobre ella un sillón donde estaba el juez medio recostado.

El rostro de La-men, enrojecido por el saki, se dirigió con expresión de siniestra alegría al preso, que según la costumbre del país se había echado en el suelo sobre las manos y las rodillas, mientras dos corchetes le sujetaban con una pesada cadena. Después que el juez hubo lanzado los más groseros insultos contra el «culto diabólico» del Occidente que se había introducido en el país del sol naciente, se dirigió al maestro de escuela, diciéndole estas palabras:

«¿Cómo te llamas, siervo del demonio, de quien me han dicho no sólo que profesa las doctrinas de los demonios del Occidente, sino que induce á otros á seguirlos?»

«Me llamo Tomás King.»

«¿King? Este es nombre coreano; pero To-más no le he oído nunca en Corea.»

«Es mi nombre de cristiano que he recibido en el bautismo.»

«¿Y te atreves á pronunciar ese nombre diabólico para que lo oigan nuestros oídos puros? Dadle tres golpes con el pan-tse en la inmunda boca.»

La correa de cuero cruzó el rostro de King hasta hacerle brotar la sangre.

«Ya has probado la correa. También probarás los palos de encina, si no abjuras inmediatamente de esos ídolos extranjeros y ofreces sacrificios al divino Buda.»

«¡Oh Jesús que por mí fuiste azotado, dadme fortaleza en esta hora!» dijo Tomás por lo bajo. Luego respondió con voz clara y firme, diciendo: «Haz de mí lo que quieras. Con la ayuda de Dios nunca adoraré á este ídolo, al cual en mi ceguedad he servido por mi desdicha muchos años.»

El auditorio se sintió conmovido.

Muchos de los cristianos, entre ellos algunos miembros de la primera nobleza y los niños Pablo y Jacobo, se acercaron diciendo en voz alta á La-men, que ellos también eran cristianos, y que estaban dispuestos á correr la misma suerte que Tomás King.

«Ya llegará vuestro turno, necios. Escribano, apunta sus nombres, y vosotros verdugos, apartadlos hacia atrás. Al que se atreva á interrumpir el juicio, se le pondrá inmediatamente el kang al cuello y será llevado á la cárcel,» gritó La-men. Y mandó á uno de los verdugos que diera á King cuarenta golpes en las plantas de los pies con el palo de encina.

Este instrumento de martirio tenía metro y medio de largo por quince centímetros de grueso. Tan violentos eran los golpes que con él daba el verdugo, que saltaban trozos enteros de carne de las plantas de los pies del mártir. A veces el dolor le arrancaba algún gemido, pero si le preguntaban si quería ofrecer sacrificios á Buda, respondía negativamente moviendo la cabeza.

«Azotémosle ahora, padre, decía el joven La-men. En la espalda tendrá más cosquillas que en los pies. Y como ya no podrá tenerse sobre ellos, le colgaremos un ratito.»

«Está bien. Pasemos al segundo grado del tormento,» dijo el bárbaro juez.



«¿De dónde lo colgamos, de los brazos ó de los cabellos?» preguntó el verdugo.

«Eso no hay que preguntarlo; de los cabellos. De este modo se le helará en los labios algún chiste; también él me tiró muchas veces de los cabellos,» dijo el joven. Algunos de sus compañeros se rieron de la gracia.

Pero Pablo gritó con voz clara: «¡Bueno eres tú y tu agradecimiento!» y muchos asintieron á sus palabras.

Tomás fué despojado de sus vestidos desde la cintura hacia arriba y colgado de una viga por los cabellos. Esto bastaba para que sintiera espantosos dolores, pero

pronto empezaron á llover los golpes sobre sus espaldas, y la piel á saltar en pedazos, y la sangre á brotar en abundancia hasta regar el suelo. No tardó King en desmayarse. El juez, que lo estaba esperando, suspendió el tormento y mandó que rociaran con agua el rostro del mártir. Cuando volvió en sí, le preguntó Lamen si quería ofrecer sacrificios á Buda.

«Nunca; Dios me dará fuerzas.» Tal fué su respuesta.

«Entonces pasemos al tercer grado del tormento. Veremos si se quebranta su terquedad,» dijo furioso el juez.

## BIBLIOGRAFIA

Hemos tenido el gusto de recibir el lujoso cuaderno que la Junta Nacional Española de los Congresos Marianos Internacionales reparte para lograr que no falte en el VI, que ha de celebrarse del 3 al 6 de Agosto en la imperial ciudad de Tréveris (Alemania), la representación que á España le corresponde. Dicha Junta ha confiado á la célebre Agencia «Cook and Son» el estudio de un viaje instructivo, recreativo y económico por la Europa central, quedando la parte religiosa al cuidado del P. Postius en inteligencia con el Prelado Presidente. El viaje está organizado de tal modo que, saliendo de Hendaya á la 1,15 tarde del domingo 28 de Julio y deteniéndose en la visita de Lourdes, Lyon, Ginebra, Neuhausen y Estrasburgo, se pasen en Tréveris los tres días del Congreso Mariano, visitando también las cascadas del Rhin, Colonia, Aquisgrán, Bruselas y París, y arribando á Irún el 14 de Agosto á las 12,25 tarde. El viaje, comprendidos todos los gastos de viaje, hoteles, transportes, visitas indicadas, conductor, propinas, etc., cuesta sólo 815, 638 y 532 pesetas en 1.ª, 2.ª clase de viaje y hoteles y 3.ª de viaje y 2.ª de hoteles. La suscripción debe hacerse antes del 25 de Junio en casa de D. Benito Acuña (Pretil de Santisteban, 3). Los que no quieran asistir al Congreso, pero sí recibir el Diploma de congresistas ó las Actas, pueden hacer la suscripción, á su voluntad, en las parroquias de Madrid ó en casa del Padre Postius (Buen Suceso, 18, teléfono 1,968), á quien pueden pedirse programas y pormenores. No ha de haber persona devota ni curioso que no se adhiera á esta manifestación internacional.

—*Se puede en conciencia pertenecer al partido liberal conservador?* Cartas á un joven católico por el Magistrado de Sevilla. Un opúsculo de 64 páginas —Imprenta de Elosu-Durango. —Contiene todas las publicadas por el autor en varios periódicos católicos, que las acogieron con aplauso por la franqueza con que trata el debatido tema que expone el título.

—*Recuerdos y tradiciones de Tierra Santa*, por D. M. Polo y Peyrolón; volúmenes de Abril y Mayo de la «Biblioteca Lecturas Católicas,» que en Sarriá publican los Padres Salesianos. —A lo interesante de la materia une lo ameno y castizo del estilo. Es, pues, como todos los de esta Biblioteca, muy recomendable.

—*Vidas de los Santos y Beatos de la Orden de Predicadores*, escritas por el Rdo. P. L. Fr. Manuel Amado, O. P. Nueva

edición completada y revisada por un Padre Dominicó. —Un tomo de 500 páginas, 2'50 ptas. Gregorio del Amo, editor, Madrid. —Las vidas de los Santos Dominicos están en la presente obra ordenadas según las celebra la Iglesia, de manera que el conjunto del libro viene á ser un ensayo de Año dominicano, el mejor para aficionar al cristiano lector á la virtuosa y santa vida con los ejemplos de tantos varones apostólicos y vírgenes beneméritas que vivieron según el espíritu del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

—Hemos tenido el gusto de recibir el número extraordinario de *Lo Missalger del Sagrat Cor*, correspondiente al mes de Junio y dedicado de un modo especialísimo á honrar el Corazón divino, con 80 páginas de texto, un grabado original de J. Llimona y una melodía gregoriana armonizada por el maestro Juan Bautista Lambert. La recomendamos á los devotos del Sagrado Corazón y á cuantas personas deseen tener una Revista de piedad seria y agradable escrita en catalán. Administración: D. Eugenio Subirana, editor, Puertaferri-  
sa, 14, Barcelona.

**LAS MISIONES CATÓLICAS** dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA  
PROPAGACIÓN DE LA FE

SEGUNDO TRIMESTRE

	Ptas.	Cts.
Suma anterior:	175	50
Para las, en la actualidad y por efecto de la revolución china, tan necesitadas Misiones del Sianfu (Shensi septentrional-China).		
(Rdo. P. Fr. José M.ª Iruarizaga, O. F. M.).		
<b>Solsona.</b> —Rdo. D. Juan Casadesús, Pbros.....	25	
Para las Misiones más necesitadas		
<b>Calahorra.</b> —Un diocesano.....	50	
<b>Total:</b>	250	50

Esta cantidad, que es el total recaudado durante el segundo trimestre, va á ser enviada al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe.

**Total remitido desde 1.º de año: 890'50 ptas.**

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1912